

RAMON LLULL EN ORIENTE (1301-1302): CIRCUNSTANCIAS DE UN VIAJE¹

*Dominus vero Tartarorum circa horam sextam
vexilla crucis precedente congressum facit contra
sarracenos.*

(De un relato latino contemporáneo sobre la
batalla de Hims, 23-XII-1299).

*[Déu], qui tot poderós és, a elegut vós e la vostra
alta sanch per espaha de dretura en terra a
confondre e destruyr los seus enemics, qui-l seu
sanctuari de la sancta casa de Jerusalem per
moltes vegades an ensutzat.*

(Jaume I de Aragón, carta al il-Can Gazán,
18-V-1300).

La lista de interlocutores que Ramon Llull imagina para sus escritos es prácticamente exhaustiva. De la cristiandad medieval, su mundo, le interesa desde papas y reyes hasta burgueses y menestrales. Del mundo religioso conoce las diversas iglesias del cisma oriental, así como las otras dos grandes religiones mediterráneas, el judaísmo y el islamismo. Más allá de este mundo que pudo encontrar personalmente, Llull también piensa poder establecer un diálogo fructífero con un personaje lejano, el tártaro.

¿Quiénes eran para Ramon Llull los tártaros? De sus escritos podemos entre-sacar una imagen vaga, generalista, a todas luces insuficiente para constituir la razón que le impulsó al más largo viaje de su vida, de Mallorca a Armenia. ¿Cuál era la «imagen» que empujó al anciano maestro, 65 años, a cruzar el Mediterrá-

¹ Estas páginas resumen un trabajo mucho más extenso pensado para divulgación. Este origen ha condicionado su estilo y la concentración de referencias bibliográficas al inicio de los apartados. Estas indicaciones bibliográficas representan una selección de las efectivamente utilizadas.

neo de occidente a oriente el verano de 1301? Nuestro propósito es acercarnos a esta imagen, al modo personal como Lull se apropió una imagen que en su entorno ofrecía facetas diversas, incluso contrapuestas. La imagen en la que se reflejaba cómo Europa había entendido, o mejor, había sido incapaz de comprender, «el mayor acontecimiento mundial del siglo XIII» (J. Le Goff), el imperio mongol.²

1. La invasión mongol de Europa.³

«Hubo una vez un lobo azul que bajó del cielo. / Casó con una corza. / Y vinieron los dos, / pasaron las aguas inmensas, / acamparon donde nace el Onón, debajo del monte / de Burján Jaldún. / Así nació Batachiján.»

El lugar mítico en que *El Libro secreto de los mongoles* coloca el origen totémico del linaje de Gengis Can, fue el escenario de la asamblea de 1206, que marca uno de los hitos más importantes de la historia universal:

«Y así, llegó a regir Gengis Can a todos los que viven en tiendas de fieltro.

En el año del tigre, juntáronse todos donde nace el Onón, alzaron el blanco estandarte de las nueve colas, hicieron todos a Gengis Can su can, Can de todos, señor de la nación.»

² Bibliografía de carácter general: H. Finke, *Acta Aragonensia*, t. III (Berlín, 1922); S. Baluzius, *Vita Papparum Avenionensium*, ed. G. Mollat, t. III (París, 1921); M.L. Mulst-Thiele, *Sacrae Domus Militiae Templi Hierosolymitani magistri* (Göttingen, 1974); F. Gabrieli, *Die Kreuzzüge aus arabischer Sicht* (München, 1976); G. Golubovich, *Biblioteca bio-bibliografica della Terra Santa e dell'Oriente francescano*, 5 vols. (Quaracchi, 1906-1927); R. Grousset, *Histoire des Croisades*, t. III (París, 1936); *Monumenta Germanica Historica*, vols. IX, X, XVI, XVII; G. Raynaud, *Les gestes des chiprois. Recueil de chroniques françaises écrites en Orient aux XIIIe et XIVe siècles* (Genève, 1887); *Recueil des Historiens des Croisades. Documents Arméniens*, 2 vols. (París, 1899); *Regesta Pontificum Romanorum*, (ed. A. Potthast), t. II (Berlín, 1875); J. Richard, *La Papauté et les missions d'Orient au Moyen Age (XIIIe-XVe siècles)* (Roma, 1977); J.-P. Roux, *Les explorateurs au Moyen Age* (París, 1985); S. Runciman, *A History of the Crusades*, 3 vols.; K.M. Setton, *A History of the Crusades* (Madison, 1975)

³ C.S.F. Burnett, «An apocryphal letter from the Arabic philosopher Al-Kindi to Theodore, Frederik II's astrologer, concerning Gog and Magog, the enclosed nations and the scourge of the Mongols», *Viator* 15 (1984), 151-167; A. Decei, «L'invasion des tartars de 1241/1242 dans nos régions selon la *Djami' ot-Tevarikh* de Fazl ol-Lâh Rasid od-Din», *Revue roumaine d'histoire* 12 (1973), 101-121; U. Knefelkamp, «Der Priesterkönig Johannes und sein Reich - Legende oder Realität?», *Journal of Medieval History* 14 (1988), 251-270; J. Richard, «Ultimatums mongols et lettres apocryphes. L'Occident et les motifs de guerre des Tartres», *Central Asiatic Journal* 17 (1973), 212-222; E. Voegelin, «The Mongol orders of submission of European powers, 1245-1255», *Byzantion* 15 (1940/41), 378-413

La primera reunificación tribal que culminó en 1206 fue el punto de partida de la expansión del imperio mongol. En casi veinte años los hombres de Gengis Can recorrieron desde el imperio Chin hasta el Cáucaso y las puertas de la India. Pese a todas las dificultades inherentes a una expansión tan rápida y tan extensa, la muerte de Gengis en 1227 no supuso el derrumbe de su obra. Su sucesor, Ogedei Can, se encargó de distribuir entre sus generales la responsabilidad de los diferentes frentes, así como la de dotar de una estructura de poder al mismo imperio, incluida la edificación de la capital, Caracorum.

Uno de los ejércitos, comandado por Batu, avanzó sobre Rusia en 1237. Por entonces, lejanos ya los tiempos del reino unificado de Kiev en el siglo XI, Rusia era un mosaico de principados objeto de las hostilidades de los pueblos vecinos y aun entre ellos mismos. Los mongoles atravesaron las regiones centrales del Volga y recorrieron la Meseta de Rusia Central. En 1239 bajaron hacia el sudoeste, atacando y arrasando Kiev en diciembre de 1240. Tomada Kiev el ejército mongol se dividió en cuatro cuerpos para avanzar por itinerarios diferentes. Uno de ellos se dirigió hacia Polonia, cruzó el Oder y se enfrentó al ejército germano-polaco, que fue derrotado en Liegnitz. Tras esta victoria los mongoles penetraron en territorio del Sacro Imperio Romano. Su rumbo, sin embargo, retrocedió y tomó hacia el interior de Hungría, donde el 11 de abril de 1241 el grueso del ejército mongol capitaneado por Batu se había enfrentado y había aniquilado las huestes húngaras de Bela IV. Después de saquear la capital de Hungría los mongoles prosiguieron hacia el sur. Con la misma rapidez llegaron a las costas adriáticas, cuando, de pronto, un hecho inesperado cambió la suerte de Europa. En diciembre de 1241 murió el Gran Can Ogedei, desatando una carrera de pretendientes a la sucesión. Batu se vió obligado a emprender el camino de regreso, y sus tropas retrocedieron a sus cuarteles del bajo Volga. Con tan precipitada retirada perdía toda su fuerza el mensaje que tras la victoria de abril Batu había hecho llegar al Gran Can: «las once naciones han sido sometidas».

El impacto que esta breve y cruenta historia causó en la sociedad europea, quedó reflejado en las crónicas históricas y caló en las conciencias hasta llegar a la creación del mito del salvajismo de los mongoles, «los más crueles y feroces de todas las gentes».

De entre los numerosos testimonios que poseemos, podemos citar el de la *Continuación Lambracense*: «1241. Tinieblas cubrieron la tierra entera y a principios de octubre pudieron verse las estrellas en pleno mediodía (...) En este mismo año Comanos y Tártaros invaden Hungría, una masa innumerable, y en su primer ataque ponen en fuga al rey, matando a ochenta mil de su ejército. En su avance, ávidos de la sangre de los cristianos, clavaban a los niños en cruces, degollaban las mujeres, dispersaban a los sacerdotes junto con la grey cristiana, en fin, se ensañaban miserablemente con jóvenes y vírgenes, los más viejos junto a los más jóvenes. Después de destruir los monasterios y las iglesias, masacrando todos sus

moradores, junto con miles y miles de cristianos, regresan a la tierra de donde vinieron.»

La brevedad de esta crónica transluce el estupor angustioso con que la gente vivió aquellos momentos. No hay menciones de batallas o de reyes guerreros. Es como si se tratara de una pavorosa fuerza surgida de la naturaleza misma; «raza desconocida», escribe otro cronista.

La mención del eclipse se repite en otras crónicas y se convierte como en el símbolo de la tragedia que tan repentinamente cayó sobre Europa. Los relatos transparentan, también siempre, esta extrañeza por la breve duración de la invasión. Es como un pesadilla. Quizá por eso mismo se acumulan detalles fantásticos y se crea el mito. Así, otro cronista enumera: «a unos los ahorcaban, a otros los asaeteaban, a otros los crucificaban y los partían por la mitad, a otros los tomaron cautivos.» Era la cristiandad que padecía en manos de paganos. La «sed de sangre de cristianos» es un motivo común a los cronistas. Elementos que inducen a pensar que los invasores son un pueblo bárbaro, salvaje, inhumano: «gente inmundísima que comen carne casi cruda y toman como bebida leche de yegua y sangre.» El canibalismo será el último detalle para redondear el mito: «cortando las manos y los pies a los niños cristianos, los salaban y se los comían inhumanamente.»

El factor sorpresa y la breve duración de la invasión fueron, sin duda, las causas principales de la imagen que los hombres de la época se forjaron de estos acontecimientos. Pero las crónicas dejan entrever otro elemento, un elemento que crea inseguridad desde el interior mismo de la cristiandad, un reproche a mantener vivo: la falta de reacción. La invasión fue sólo un aviso, si se quiere, pero hubiera podido convertirse en la tumba de Europa.

Los cronistas subrayan esta falta de reacción. Para la *Continuatio Garstensis*: «A la llamada de los predicadores muchos príncipes cristianos toman la cruz, junto con niños y mujeres de toda condición. Todos convienen en tomar la cruz, pero, como el ejército no encuentra un jefe, permanecen en sus casas. Y los tártaros se retiran por propia voluntad, o por disposición divina.» Para otros, en cambio, la causa es plenamente identificable: el ejército no pudo ponerse en marcha, pues «el emperador lo prohibió, porque el rey de Hungría no quiso acudir a su mandato a entablar conversaciones con él.» Como era de esperar, otros comentarios más críticos acompañaron a estas referencias: «Casi todo el pueblo tomó la cruz. De todas partes se reunieron grandes cantidades de dinero. Acaecieron otros hechos, y después los tártaros se retiraron. Y los obispos y los señores se repartieron el dinero.»

2. Los primeros exploradores.⁴

La fugaz incursión de los mongoles fue un grito de alarma para una sociedad que ya había perdido el entusiasmo de las primeras cruzadas y que creía haber establecido fronteras firmes contra sus enemigos tradicionales. Nuevos elementos tomaron fuerza espoleando el interés por conocer más directamente a este enemigo potencial proveniente de la lejana Asia. Por encima del mito era preciso encontrar un lugar conceptual para un pueblo que no podía ser identificado como «el enemigo», es decir, los musulmanes, ni incluido entre los aliados, los griegos, pues unos y otros también habían padecido las mismas devastadores incursiones. El interrogante se abría para que «exploradores», misioneros y diplomáticos aportasen nuevos elementos de juicio.

Mientras tanto los hechos habían despertado la imaginación de los eruditos y surgían explicaciones teóricas. Se reavivó la historia del «preste Juan», un príncipe cristiano nestoriano, tal vez, se decía, descendiente de los Reyes Magos, que luchaba contra los enemigos de la fe. Mucho tiempo antes, hacia 1165, se había fabricado una carta del preste Juan dirigida a Manuel Comneno, Federico Barbarroja y Alejandro III. Del éxito que tuvo este escrito dan fe su traducción prácticamente a todas las lenguas y su asunción por los historiadores medievales. Los misioneros posteriores aportarían datos más que suficientes para negar la leyenda. Sin embargo, Marco Polo creará necesario confirmar la existencia del personaje, en un principio dominador de los mongoles y contra quien después se levantó Gengis Can. Éste, finalmente, derrotó al preste Juan, que pereció en la batalla.

El preste Juan, nunca definitivamente identificado, podía encarnar la esperanza de ver surgir una fuerza aliada contra los musulmanes. Las primeras incursiones victoriosas de los mongoles sobre Persia en los años 1218-1221 darian fe de ello. Incluso ciertos círculos judíos, mientras en París ardían los libros sagrados en las hogueras de 1240, entendieron la noticia de aquellos hechos como anuncio de la llegada de los tiempos mesiánicos.

En cambio, el horror que siguió a la invasión de Europa en 1241 llamó a otro fantasma, los reyes de Og y Magog. Esta figura bíblica fue identificada en los primeros siglos de la Edad Media, como unos pueblos que fueron sometidos por

⁴ G.G. Guzmán, «European clerical envoys to the Mongols: Reports of Western merchants in Eastern Europe and Central Asia, 1231-1255», *Journal of Medieval History* 22 (1996), 53-67; J. Richard, «Isol le Pisan: un aventurier franc gouverneur d'une province mongole?», *Central Asiatic Journal* 14 (1970), 186-194; B. Roberg, «Das "Orientalische Problem" auf dem Lugdunense II», *Annuaire historiae conciliorum* 9 (1977), 43-66.

Alejandro Magno y confinados en una región próxima al mar Caspio. Su misión sería aparecer en el tiempo previsto por Dios para castigar la corrupción de los cristianos. Igual que en el caso anterior, en 1240 apareció una carta, atribuida a un filósofo árabe llamado al-Kindi y dirigida a Federico II. En la carta se describían los aspectos zoomórficos de cada uno de los veinte pueblos que formaban la nación de Og y Magog, y se vaticinaba su próxima irrupción sobre Occidente. En este caso, sin embargo, la falsificación tenía algún fundamento. Efectivamente, el filósofo persa al-Kindi, que murió en torno al año 873, había escrito un breve tratado calculando la duración del imperio árabe. La obra circulaba en traducción latina junto a una serie de escritos de pronósticos astrológicos. Si bien la noticia podía alegrar a Occidente, también podía hacer surgir el temor a que la misma potencia que acabara con los árabes, acabara también con los latinos.

La decisión del papa Inocencio IV de convocar un concilio en Lyon para 1245, e incluir entre los temas a tratar el de los tártaros, polarizó de alguna manera todos estos rumores. Más aún, Inocencio IV no aguardó las decisiones conciliares y dispuso una primera misión. Su propósito queda plasmado en las dos cartas que entregó a sus enviados. En la primera, protestando por la injusticia con que se habían emprendido las agresiones contra los cristianos, proponía a los mongoles el establecimiento de un pacto de paz. En la segunda se presentaba un resumen de la fe cristiana y se les invitaba a la conversión.

No le resultaría difícil a Inocencio IV encontrar hombres hábiles para la misión proyectada. Las cruzadas y las relaciones con las iglesias orientales habían motivado numerosos contactos, escuela de embajadores, llevados a cabo principalmente por dominicos y franciscanos. En esta ocasión Juan de Plancarpin, por una parte, y Ascelino de Cremona y Andrés de Longjumeau, por otra, fueron los encargados de la misión papal. Junto con las cartas dirigidas a los mongoles, eran portadores de una bula destinada a todos los obispos de las iglesias no latinas, el otro tema foco de preocupación durante todos estos años.

Andrés de Longjumeau y Ascelino de Cremona, por itinerarios diferentes, intentaron aproximarse a la corte mongol siguiendo la ruta de Siria. Sus misiones tuvieron poco éxito político. Ascelino estuvo a punto de ser ajusticiado cuando su rechazo a someterse a los ritos humillantes que los mongoles exigían de los emisarios llegados a sus cortes, provocó las iras del príncipe Baidu. Sólo el respeto casi sagrado que sentían los mongoles por la persona de los embajadores, le salvó en aquel trance. Su fracaso estrepitoso, sin embargo, se vió compensado por la curiosidad de uno de sus acompañantes, Simón de San Quintín. Este atento observador transmitió a Europa las primeras observaciones directas de las costumbres de los mongoles en su *Historia de los Tártaros*.

Muy otro sería el destino de Juan de Plancarpin. Este franciscano, que había ejercido diversos puestos de responsabilidad en su orden en Alemania, y quizá también en España, recibía el difícil encargo a sus 63 años de edad. La ocasión le

depararía múltiples oportunidades para dejar constancia de su perspicacia, de su tenacidad, de su equilibrio al valorar las situaciones.

Partió de Lyon en abril de 1245 y pocos meses después tomaba contacto con las tropas mongolas. Después de entrevistarse con Batu, éste insistió en mandarlo a la corte del Gran Can. El 22 de julio de 1246 se hallaba a menos de una jornada de Caracorum. Y con todo, el franciscano no pondría sus pies en la mítica ciudad.

La suerte de Plancarpin es haber coincidido su llegada con uno de los acontecimientos más determinantes de la historia del imperio: la gran asamblea, el kuriltai, en la que se decidía la sucesión del Gran Can. En este caso se trataba de designar, después de algunos años de regencia, el sucesor del Gran Kan Ogedei, muerto en 1241.

Testigo de excepción, con él era Europa entera que por primera vez se hallaba en el seno de algo totalmente diferente. Plancarpin observaba atentamente, intentaba comprender, traducir a sus esquemas las referencias religiosas, familiares, sociales, incluso adaptarse a las minuciosas normas de etiqueta.

Guyuk fue elegido Gran Can en agosto de 1246. En noviembre Plancarpin era conducido al campamento del Gran Can y recibía la carta de respuesta a las misivas papales. Después, el penoso regreso durante el invierno.

Recibían de todo el mundo felicitaciones, «como si hubiéramos resucitado de entre los muertos». No era para menos. De hacer caso a lo que habían escrito los cronistas anteriores, aquel viaje se parecía mucho a un descenso a los infiernos.

Si la negativa de Plancarpin de ser acompañado por embajadores mongoles frustró a medias esta primera ocasión, no sucedió lo mismo con las iniciativas desde Siria. La primera fue cuando, como respuesta a la misión de Ascelino, Baidu designó un turco y un nestoriano para que le acompañaran en su regreso. La segunda ocasión fue la delegación que Algigigai mandó hacia Chipre al encuentro de Luís IX de Francia.

Era el momento de la séptima cruzada. Los mensajes que la legación hace llegar al rey francés en los últimos días de 1248, son muy diferentes a los conocidos hasta la fecha. En esta ocasión el jefe mongol subraya la tolerancia para con los cristianos mantenida desde el edicto de Gengis Can, y adelanta las bases de una posible alianza. De la sinceridad de tales afirmaciones daba también fe la relación que desde Samarcanda, a principios del mismo año, había mandado a Hetum I de Armenia su enviado el conestable Sinibald. Ante el rey Luís los mensajeros no dudaron en subrayar el clima de tolerancia y añadir de propia cosecha que, tal como se rumoreaba en Occidente, el Gran Can Guyuk había recibido el bautismo.

No todos, ciertamente, dieron fe desde el principio a este cambio de opinión acerca de los mongoles. Los recelos seguían vivos aún en 1261 cuando el capítulo general de los cistercienses acogía en su orden del día el tratar «el negocio de la Iglesia contra los tártaros». Y entre los cruzados la postura generalizada era de franca desconfianza, por lo menos antes de 1260.

El rey san Luís obró con prudencia, tal vez incluso con cierta desconfianza. La misión que llevaba su respuesta a la corte tártara estaba dirigida por el ya avezado Andrés de Longjumeau. Un año después, en marzo de 1250, recibe la contestación. No nos sorprenderá que una vez más el mensaje sea: de acuerdo con la paz, con aquella paz verdadera que nace de la sumisión total al imperio mongol.

3. La misión de Guillermo de Rubruck.⁵

Luís de Francia pensaría que había llegado el momento de tomarse muy en serio la cuestión tártara. El intercambio diplomático de embajadores, el ir y venir de cartas que repetían las fórmulas oficiales, a pocos resultados conducían; ni siquiera se podía tener la certeza de haber avanzado algo en el conocimiento de las costumbres de aquel pueblo. Cómo vivían, cómo se gobernaban, cuál era su lengua, cuál su religión, cuáles sus relaciones con otros pueblos... Multitud de interrogantes que se iban planteando cada vez con más urgencia. ¿Qué sucedía con tantos cristianos como parecían encontrarse entre los tártaros, aun en puestos de importancia?. ¿Había que pensar en estructurar para ellos una administración episcopal? A parte de todas las cuestiones estratégicas, seguramente fueron esas algunas de las preguntas que se formulara san Luís de Francia aquellos años en Chipre.

La respuesta vendría de la mano de un franciscano que posiblemente compartió muchas de esas reflexiones: Guillermo de Rubruck.

Curioso destino el de este hombre. Un informe, posiblemente de carácter privado, le asegura la más firme notoriedad histórica. Y sin embargo, la documentación sobre su biografía es prácticamente nula. Entre las escasísimas referencias se puede dar por segura una primera estancia prolongada en París, si bien fuera él de origen flamenco. Es en París donde se relacionaría con la corriente «espiritual» de los franciscanos, a cuya orden pertenecía. Cuando, después de su viaje, consiga, por fin, permiso para abandonar el Oriente, regresará a París donde será tratado por Salimbene y Roger Bacon. Su presencia en Oriente, por otro lado, parece anterior al viaje del rey san Luís en 1248. Sería precisamente en Chipre donde se uniría a la expedición cruzada para la campaña de Egipto. Lo que le llevó a establecer un relación lo suficientemente estrecha con el rey, hasta el punto de convertirse en su agente, resulta difícil determinarlo.

Agente del rey, no propiamente embajador, esa es una de las notas singulares de la misión de Rubruck. Ciertamente que lleva consigo cartas del rey Luís y presentes,

⁵ Guillaume de Rubrouck, *Voyage dans l'empire mongol*, ed. C. y R. Kappler (Paris, 1985); P. Jackson, D. Morgan, *The mission of friar William of Rubruck: his journey to the court of Great-Khan Mongke, 1253-1255* (Londres, 1990); J. Le Goff, *Saint Louis* (Paris, 1996).

pero él, ante la extrañeza de todos, insistirá en el carácter eminentemente misional de su viaje, un viaje de buena voluntad. Y así se trasluce a lo largo de su escrito. Es la obra de un atento observador, curioso por anotar las costumbres, por compartir la manera de vivir, por socorrer en la medida de lo posible a los «francos» penosamente encerrados en aquel mundo, por enfrentarse, aunque nunca perdiendo las buenas maneras, con la mala propaganda que entre los mongoles suponía la conducta de los nestorianos. Etnógrafo casi, su escrito ofrece una impresionante multitud de datos de fiabilidad prácticamente total.

El 13 de abril de 1253, domingo de Ramos, predicando en Santa Sofía de Constantinopla, Guillermo había proclamado el sentido de su viaje: «que no era embajador vuestro -escribirá, luego, al rey Luís- ni de nadie, sino que iba para predicar la fe a aquellos infieles, según la Regla de nuestra Orden.» De todas formas, al llegar a Crimea, verdadero punto de partida de su itinerario, tuvo ya que desmentir rumores en sentido contrario que le habían precedido.

El día de san Juan evangelista, Guillermo y su ayudante Homodes y demás acompañantes llegaron al campamento de Mangu. Para sorpresa y admiración suya, el entorno se reveló poblado de húngaros, algún franco, un ermitaño procedente de Jerusalén y muchos nestorianos. Había una auténtica competencia entre religiones. El Gran Can se sabía por encima de todos y dejaba espacio a un ambiente religioso sincretista. Nestorianos, musulmanes y budistas multiplicaban sus escenificaciones religiosas con ánimo de mostrar su superioridad. Guillermo intuyó que para sobrevivir debía adaptarse a este ambiente. Junto con el ermitaño y sus acompañantes, toma sus libros litúrgicos, un estandarte en el que ha pintado una cruz, y recorre el campamento cantando el *Vexilla regis prodeunt*.

Sus esfuerzos de adaptación se vieron pronto recompensados. Después de un interrogatorio exploratorio por parte de los cortesanos nestorianos, Guillermo fue recibido por el Gran Can. Por desgracia, los efectos de la cerveza y la impericia del intérprete impidieron que Mangu se enterara del discurso de Guillermo minuciosamente preparado.

Siguiendo al Gran Can, con su estandarte y con ramos en las manos, Guillermo y el ermitaño entraron en Caracorum el domingo de Ramos, 5 de abril de 1254.

Fue una memorable Semana Santa. Fray Guillermo vió acudir a su encuentro un gran número de cristianos hechos prisioneros por los tártaros a lo largo de sus incursiones y que no eran aceptados por los nestorianos. Todos le pedían insistentemente que celebrara para ellos los oficios religiosos. Guillermo tenía reparos. Le era difícil escucharlos en confesión, por desconocer sus idiomas; además, por los continuos peajes a lo largo del camino, se había quedado ya sin ningún ornamento litúrgico.

Maestro Guillermo, un orfebre parisino que trabajaba para el Gran Can, acudió en su ayuda. Durante su estancia en Caracorum se había esculpido al estilo francés

una imagen de la Virgen María, había obrado un cáliz con reliquias incrustadas y no le fue difícil construir un molde para fabricar las hostias necesarias. Los nestorianos, por su parte, les prestaron algunos ornamentos y un altar portátil.

Fray Guillermo pudo celebrar la misa el Jueves Santo y el domingo de Pascua con toda la solemnidad que las fechas requerían. Los mismos nestorianos participaron de su gran alegría. En todo caso, quizá le inspiraron éstos alguna envidia: la vigilia de Pascua bautizaron a más de sesenta personas.

Es de admirar la tenacidad de fray Guillermo. La complicada diplomacia de los servidores del Gran Can inquiría una y otra vez por los motivos de su viaje, por los propósitos de su estancia, tan lejos de su propio hogar. Se les hacía difícil, acostumbrados a un ir y venir de pleitesías de embajadores procedentes de los cuatro vientos del mundo, se les hacía difícil comprender a una persona que se toma un viaje tan fatigoso libremente, sin una imposición expresa de algún señor suyo. Y Guillermo aprovecha la insistencia de sus anfitriones para repetir que tiene una palabra de parte de Dios para proclamar.

Su insistencia surtió efecto. Finalmente le fue comunicado de parte del Can este mensaje: «Os halláis en nuestra ciudad cristianos, musulmanes y budistas. Cada uno asegura que su ley es la mejor y sus escritos los más verdaderos. Reuníos, proceded a una discusión, y que cada uno ponga por escrito sus palabras. Luego podré indagar por mí mismo la verdad.»

Los secretarios de Mangu tomaron por escrito su respuesta: «Alabado sea Dios que ha dispuesto en el corazón del Can tal propósito. Nuestra Escritura dice: “No procede que el siervo de Dios se mezcle en disputas; que se comporte con mansedumbre hacia todos.” Así, pues, estoy dispuesto a dar razón a quien lo pida, sin disputa y sin controversia, de la fe y de la esperanza de los cristianos.»

Los planes de la disputa siguieron adelante. En los preparativos, sin embargo, Guillermo se encontró en la necesidad de tener que hacer un frente común con los nestorianos. Fue preciso, pues, que trataran entre ellos de ponerse de acuerdo. También discutieron la estrategia a seguir. En opinión de Guillermo era mejor empezar la discusión oponiéndose a los idólatras budistas, partiendo de la afirmación de la existencia de Dios, puesto que con los musulmanes ya se comparten ciertas creencias. Otro punto a resolver era el método. Los nestorianos creen poder tomar como argumentos los textos de la Escritura. A Guillermo no le convence tal procedimiento: «Ellos no creen en la Escritura -les dice-. A cualquier relato vuestro, ellos pueden responder con otro.» Deciden, en fin, que Guillermo intervendrá en primer lugar. En caso de apuros, los nestorianos podrán tomar el relevo.

El 30 de mayo del año 1254, vigilia de Pentecostés, el humilde oratorio del ermitaño de Jerusalén, instalado desde su llegada a Caracorum muy cerca de la espaciosa iglesia nestoriana, se llenó de la intelectualidad de cada una de las religiones. Mangu había designado como árbitros a tres de sus secretarios, uno de cada religión.

Uno de los secretarios abrió la sesión proclamando el decreto del Gran Can: «Este es el decreto de Mangu; que nadie se atreva a sostener que el decreto de dios difiere de él. Se ordena que nadie ose pronunciar palabras agresivas o injuriosas contra otro, ni suscitar altercado alguno que malogre esta disputa. Bajo pena de muerte.»

Un bonzo de origen chino planteó el problema del origen del mundo. Guillermo, sin embargo, supo convencerlo para establecer primero la existencia de Dios. Al final el budista se vio aislado en su negación de Dios, frente a musulmanes y cristianos. Para Guillermo había llegado el momento de iniciar la discusión sobre la Trinidad. Pero, en este punto, se levantaron los nestorianos y reclamaron para ellos tal honor. Cumpliendo a regañadientes lo pactado, el franciscano les cedió el turno. Lo que entonces sucedió lo dejó lapidariamente escrito en su relato al buen rey Luís: «Los nestorianos hablaron largo y tendido. Hicieron un relato pormenorizado hasta la venida de Cristo en el juicio final. Recurrieron a semejanzas para exponerles, tanto a los budistas como a los musulmanes, la doctrina de la Trinidad. Todos escucharon sin levantar objeción alguna. Sin embargo, nadie dijo: Yo creo, yo quiero ser cristiano.»

La amargura con que Guillermo vio concluir la disputa religiosa, iniciaba la tristeza de la despedida. El día siguiente, el día de Pentecostés, Guillermo tuvo su última entrevista con Mangu. Una conversación cálida, amistosa, que Guillermo recordaría siempre con nostalgia.

Mangu pronunció ante él su profesión de fe: «Nosotros los mongoles, creemos que no hay sino un solo Dios, por quien vivimos y por quien morimos, y andamos ante él con corazón sincero.»

Guillermo intentó explicarle que esa sinceridad de corazón era sólo posible con la ayuda de la gracia. Mangu, por su parte, le fue citando ejemplos de preceptos contenidos en las Escrituras, y que los cristianos no ponían en práctica. Y se despidió. Le expresó su deseo de que retornara a su país y que fuera portador de algunas cartas. Insistió Guillermo en que le concediera permiso para regresar algún día a territorio mongol, por lo menos para atender a los cristianos esclavos. Mangu, siguiendo rigurosamente su concepción del poder, le respondió que podría hacerlo siempre y cuando sus superiores se lo ordenaran. Más por realismo, que por desconfianza, Guillermo respondió que de todas formas regresaría.

Era el adiós definitivo. El Gran Can ordenaba que se le proveyera de todo lo necesario. Mandó redactar el mensaje para el rey Luís. Le deseó un feliz regreso.

«Si yo hubiera tenido el poder de hacer milagros como Moisés, tal vez se hubiera humillado.»

Mientras la cancillería se tomaba su tiempo para redactar la carta que Guillermo debía llevar consigo, pudo despedirse de su ya querida ciudad. Caracorum, por una decisión del Can, se había convertido en una gran fiesta. Hubo recepción oficial de embajadores, entre ellos los de Bagdad, de la India y de

Turquía. Se inauguró la obra hidráulica de maestro Guillermo Boucher, «un árbol que daba de beber». Fray Guillermo bautizó a tres hijos de un prisionero teutón.

Larga despedida. Juntar lo necesario para el camino, o más, pues se reanudarían las presiones en búsqueda de obsequios. Homodei, el fiel compañero, adquirió algunas cosas para revenderlas luego a buen precio y agenciarse del viaje alguna ganancia. Maestro Guillermo, el orfebre, entregó al franciscano un cinturón adornado con una piedra preciosa, de virtudes mágicas, según se decía, para el rey Luís. «No sabría expresar -escribe Guillermo- ni a Dios, ni a vos, cuánto debo estarle agradecido» al orfebre parisino de tanto éxito en la corte del Gran Can.

Aunque para el camino de vuelta Guillermo contara con mayor ayuda y recomendaciones que a su ida, las fiestas de Navidad le pillaron cerca del monte Ararat, inmovilizado por las nevadas. Allí tuvo ocasión de saludar a un tal Bernardo Cathalanus, fraile dominico, que había residido algún tiempo en Georgia con unos amigos templarios, y que, al no conseguir permiso para adentrarse en territorio mongol, fijó su residencia en Tabriz.

Siguiendo su ruta, Guillermo visitó en Sis la corte del rey de Armenia, ya que éste se le había cruzado en el camino y se hallaba precisamente en aquellos momentos en la corte de Mangu. Guillermo bajó hasta el puerto de Ayas y de ahí pasó a Chipre, rumbo a Nicosia. Era el 29 de junio de 1255. El viaje había durado dos años y unos tres meses.

Sus superiores dispusieron que fray Guillermo permaneciera en Oriente. Le nombraron lector en el convento de Acre. Si así le parecía bien, debería informar a su rey por escrito.

Así lo hizo, por suerte nuestra. Pero su informe no era, bien lo había repetido, el fruto de una embajada diplomática. Por eso mismo su escrito no se detiene en recomendaciones políticas. Se limita a indicar como más razonable la ruta cruzada a través de Hungría, Constantinopla y Armenia, y recomendar que los ejércitos, también en su alimentación, tomen ejemplo de las costumbres de los mongoles.

Por lo demás, un cierto gesto de desilusión. No es aconsejable, escribe Guillermo, que se repitan misiones como la suya o la de otros frailes dominicos. Mejor sería, de emprender alguna, hacerlo designando un obispo que pueda presentarse con ostentación y acompañado de secretarios que realcen el hecho tomando protocolos de cuanto se diga o se trate.

4. Los mongoles en Persia.⁶

No resulta fácil atribuir una estrategia definida a las expediciones de los mongoles más allá de sus regiones de origen. No lo es a la hora de interpretar la invasión de Europa en 1241, ni lo es al repasar su presencia en Persia.

La expansión hacia el Sur fue la respuesta a un suceso bastante frecuente, pero en este caso considerado una provocación. Fue el asalto a una caravana de mercaderes lo que decidió a Gengis Can a atacar el imperio de Karesmia, que tras la anexión de Irak extendía sus fronteras desde el Indo al Tigris y desde el mar Caspio al golfo Pérsico. En la primavera de 1219 Gengis se puso en marcha con un ejército de unos 200.000 hombres. En el verano de 1221 los ejércitos mongoles llegaron a Tabriz. Desde allí Gengis tuvo que acudir a la frontera del Indo, para regresar después a Mongolia, donde falleció el 25 de agosto de 1227.

⁶ R. Amitai-Preiss, *Mongols and Mamluks: The Mamluk-Ilkhanid War. 1260-1281* (Cambridge, 1995); D. Ayalon, «The Auxiliary Forces of the Mamluk Sultanate», *Der Islam* 65 (1988), 13-37; M.C. Bartusis, *The Late Byzantine Army. Arms and Society, 1204-1453* (Philadelphia, 1992); J.A. Boyle (ed.), *The Cambridge History of Iran. Vol. V: The Saljud and Mongol Periods* (Cambridge, 1968); C. Brunel, «David d'Ashby auteur méconnu des "Faits des Tartres"», *Romania* 79 (1958), 39-46; J.-B. Chabot, «Notes sur les relations du roi Argoun avec l'Occident», *Revue de l'Orient Latin* 2 (1894), 566-629; F. Cleaves, «A Chancellery Practice of the Mongols in the Thirteenth and Fourteenth Centuries», *Harvard Journal for Asiatic Studies* 14 (1951); F. Cleaves, «Trois documents mongols des Archives Secrètes Vaticans», *Harvard Journal of Asiatic Studies* 15 (1952), 455-459; J. Fletcher, «The Mongols: Ecological and Social Perspectives», *Harvard Journal of Asiatic Studies* 46 (1986), 11-50; A.J. Forey, «Constitutional Conflict and Change in the Hospital of St. John during the Twelfth and Thirteenth Century», *Journal of History Researches* 33 (1982), 15-29; «The Military Orders and Holy War against Christians in the Thirteenth Century», *The English History Review* 104 (1989), 1-24; P.M. Holt, «Mamluk-Frankish Diplomatic Relations in the Reign of Qalawun (678-89/1279-90)», *Journal of the Royal Asiatic Society* (1989), 278-289; A. Lambton, *Continuity and Change in Medieval Persia* (Albany, 1988); D.O. Morgan, «The Mongol Armies in Persia», *Der Islam* 56 (1979), 81-96; «Who ran the Mongol empire?», *Journal of the Royal Asiatic Society* (1982), 124-136; «The Mongols in Syria, 1260-1300», en: P.W. Edbury (ed.), *Crusade and Settlement* (Cardif, 1985); *Medieval Persia, 1040-1797* (London, 1988); L. Pouzet, *Damas au VIIIe/XIIIe siècle. Vie et structures religieuses d'une métropole islamique* (Beirut, 1988); K. Sagaster, «Herrschaftsideologie und Friedensgedanke bei den Mongolen», *Central Asiatic Journal* 17 (1973), 223-242; M. Shatzmiller (ed.), *Crusaders and Muslims in Twelfth-Century Syria* (Leiden, 1993); D. Sinor, «Les relations entre les mongols et l'Europe jusqu'à la mort d'Arghoun et de Bela IV», *Cahiers d'histoire mondiale* 3 (1956), 39-62; J. M. Smith, «'Ayn Jalut: Mamluk Success or Mongol Failure?», *Harvard Journal of Asiatic Studies* 44 (1984), 307-345; B. Spuler, *Die Mongolen in Iran* (Berlin, 1955); P. Thorau, «The Battle of 'Ayn Jalut: a Re-examination», en: P. W. Edbury (ed.), *Crusade and Settlement* (Cardif, 1985).

La ocupación de los territorios conquistados fue precaria, amanzada en particular por la fuerza omnipresente de los ismaelíes desde su fortaleza de Alamat. Organizados en la secta de los Asasines, su capacidad de infiltración y de fanatismo era proverbial. Actuaban también como asesinos a sueldo, y como tales prestaron sus servicios tanto a los musulmanes como a las facciones latinas de Siria. En su haber se contaba el asesinato de algunos altos dignatarios a cuenta de los Hospitalarios. En 1270, y por encargo de Baibars, dos sicarios asesinaron a Felipe de Monfort en Tiro y perecieron en el lugar. Posiblemente se refiere a este suceso cuando Ramon Llull escribe en el *Blaquerna*: «En Ultramar venc un recontador qui tramès a dir al cardenal que dos axixins havien mort un princep, e que.ls havia hom mort; e lo cardenal anà preïcar los religiosos qui aprenien diverses lenguatges, e enagà-los de desirar la mort per Jesucrist».

El encargado de la destrucción del «Viejo de la Montaña» fue el il-Can Hulegu, que conquistó Alamat a finales de 1256. El árabe Juvaini, que junto a Hulegu oficiaba de historiador, obtuvo permiso para salvar la biblioteca, que se reveló riquísima en manuscritos y en instrumentos astronómicos.

Hulegu continuó su campaña de conquista y el 4 de febrero de 1258 tomaba Bagdad. La ciudad fue saqueada durante siete días, respetando únicamente las casas e iglesias cristianas.

La implantación del dominio mongol en Persia provocó la reacción de los poderes del litoral mediterráneo y causó su división estratégica. Por una parte, Armenia y los latinos de Siria optaron por la alianza con los mongoles, mientras los latinos de Palestina prefirieron buscar amparo en Egipto. Por eso, cuando en marzo de 1259 cae Damasco, junto a los mongoles se encontraban Hetum de Armenia y Bohemundo de Antioquía. Por el contrario, cuando el ejército mameluco de Qutug y Baibars avanzó hacia el norte, no tuvo que temer dificultad alguna en su paso por Palestina.

Los dos ejércitos, igualados en fuerzas, se encontraron frente a frente en 'Ain Jalut la mañana del 3 de septiembre de 1260. Traicionados por uno de sus aliados, los mongoles sufrieron una grave derrota. Una vez repuestas sus fuerzas, el ejército mongol presentó de nuevo batalla en Hims, el 10 de diciembre. Su derrota fue aún más estrepitosa. Fue también en Hims donde los mongoles sufrieron otra gran derrota el 30 de octubre de 1281.

De forma casi definitiva los mongoles eran obligados a renunciar a Siria y conformarse con Persia. Desde esta posición los mongoles multiplicaron sus esfuerzos para una alianza con Occidente, procurando que los cristianos ocuparan puestos de privilegio en su corte. El dominico David de Ashby, consejero de Hulegu y de su sucesor Abaqá, acompañó la legación mongol al concilio de Lyon en 1274. Los mensajes al rey de Armenia, a Constantinopla, al Papa, a Eduardo de Inglaterra o a Felipe de Francia se sucedían con frecuencia. En ellos se propone la estrategia de tenaza, la *qmsa*, de mongoles y cristianos contra musulmanes.

En una de estas propuesta estuvo activamente implicado Jaime I de Aragón.

5. La cruzada de Jaime I de Aragón.⁷

Invitado por su hijo Sancho, recién nombrado arzobispo de Toledo, Jaime I acudió a Toledo en noviembre de 1268, estando también presente el rey de Castilla Alfonso X. A los pocos días se presentó Jacme d'Alarig. Venía acompañado de dos embajadores tártaros, uno de ellos personaje de alto rango.

El acontecimiento no era del todo inesperado. Justamente un año antes, hallándose en Perpignan, Jaime I había recibido un mensaje del il-Can Abaqá. Es posible que en respuesta a este primer mensaje hubiera dispuesto que Jacme d'Alarig viajara como embajador suyo ante la corte persa, y que éste volvía ahora con la respuesta del il-Can. Desconocemos el contenido del mensaje, pero, lo que es más importante, por el relato del mismo rey sabemos lo que él entendió a partir de ahí.

Jaime I vió como inmediata la posibilidad de establecer una alianza con los tártaros y de recuperar para la cristiandad la Tierra Santa. Incluso imagina, al comunicar sus proyectos al rey Alfonso, que alguno de los hijos del rey castellano podría acceder a la posesión de alguno de los territorios a reconquistar.

Alfonso se muestra mucho más prudente. Él sabe -pervivencia del mito- que los tártaros son falsos por naturaleza y poco dados a mantener sus palabras. A lo que objeta el de Aragón que si de entre todos los reyes de la cristiandad, sólo a él se le hace tal proposición, es un signo, más que de la buena voluntad del il-Can de los tártaros, de la disposición divina sobre su destino.

Bajo este prisma providencialista había considerado el rey de Aragón sus conquistas de Mallorca y Valencia. Existían, además, otras razones que requerían su atención para con las cuestiones orientales. Estaban, en primer lugar, sus propias raíces de parentesco. Jaime I, al inicio de la narración de sus gestas, no se cansa de subrayar la maravillosa y azarosa historia gracias a la cual Eudoxia, hija del emperador Manuel Comnenos, fue su abuela materna. En el plano político, Jaime I había mantenido relaciones diplomáticas con el sultán de Egipto entre 1262 y 1266. Estas relaciones se habían deteriorado a raíz de las últimas campañas egipcias en Siria y, además, no habían significado una implantación importante de los

⁷ F. Carreras Candi, «La Creuada a Terra Santa», en: *Congrés d'Història de la Corona d'Aragó I*, t. 1 (Barcelona, 1909), p. 106-138; H. Finke, *Acta Aragonensia*; Jaume I, *Llibre dels feits*.

comerciantes catalanes en Oriente. Un cambio de alianzas era, por tanto, aconsejable. Jaime, por otra parte, ya había mantenido contactos con Hetum I, rey de Armenia, una de cuyas embajadas se encontraba en Barcelona en enero de 1265.

La conexión de Jaime I con Constantinopla era conocida también en la corte persa. En aquellas mismas fechas Abaqá había escrito a Clemente IV una carta en la que, después de relatar cómo los ejércitos mongoles habían ido dominando las fuerzas enemigas, concluía «que vuestra santidad procure con toda diligencia reunir el ejército que, según nos indicaste, pensáis mandar a estas partes, a fin de que, juntamente con el rey de Aragón y su ejército, que acudiría a instancias del emperador de Bizancio, nuestro suegro, podáis atacar por una parte, haciéndolo nosotros por la otra, hasta exterminar a los enemigos que se verían atrapados en el medio.»

¿Era esta mediación de Miguel Paleólogo la que le llegó pocos días después, cuando Jaime I se hallaba ya en Valencia? En esta ocasión Jacme d'Alarig y los dos embajadores tártaros se presentan ante el rey con un mensajero griego. De seguir la propia narración del rey, en esta ocasión los planes son ya mucho más concretos. Se sugiere como punto de encuentro el puerto de Ayas, o alguno otro cercano. El emperador griego, por su parte, aseguraba su concurso para la travesía marítima. Los embajadores podrían regresar con promesas firmes, rubricadas por las muestras de afecto de la corte aragonesa. El infante Pere aporta su granito de arena obsequiando con un caballo a los embajadores tártaros.

La decisión, en efecto, estaba tomada. En realidad los preparativos habían comenzado ya, cuando, después de abandonar Toledo, Jaime había recibido por parte de los Hospitalarios el ofrecimiento de participar en la empresa. Ahora, pues, ya se podía fijar fecha para *el passatge*.

Jaime I reunió a su familia para la despedida. En Barcelona consiguió el contingente de tropas y en Mallorca recibió 50.000 sueldos como aportación generosa de sus súbditos, y víveres de los musulmanes menorquines. El 4 de septiembre de 1269 la expedición zarpó desde Barcelona.

Apenas iniciada la travesía se toparon con fuertes tormentas. Pero, vencidos los primeros momentos de indecisión, siguieron adelante hasta que, finalmente, en las proximidades de Menorca el convoy se dispersó. La nave real, azotada por vientos cambiantes, consiguió refugiarse en Aigues-Mortes.

Un pequeño resto consiguió acabar la travesía. Once naves llegaban con lo que quedaba de la expedición cruzada a san Juan de Acre a finales de octubre. Entre los expedicionarios se encontraban dos hijos bastardos de Jaime I que tuvieron ocasión de enfrentarse con el ejército egipcio mandado por Baibars. En febrero de 1270 regresaban a Barcelona los supervivientes.

A pesar de las referencias de Jaime I a los designios divinos sobre su persona, el contexto general de su política mediterránea no favorecía su empresa cruzada. La Corona de Aragón, representada en sus comerciantes y sus soldados mercena-

rios, mantenía muy rentables relaciones con el Norte de África. Pero, más allá, la poca transcendencia de los intercambios con Egipto y, durante el reinado de Pedro IV, el lastre de la cuestión siciliana, no permiten hablar de una presencia significativa de la Corona en Oriente hasta los últimos años del siglo XIII.

6. Roma, 1287: el cruce de dos itinerarios.⁸

Rabban Sauma

Los esfuerzos diplomáticos de los mongoles para asegurar una colaboración estratégica con Occidente, y que las derrotas de 'Ain Jalut en 1260 y de Hims en 1281 habían revelado necesaria, alcanzaron un punto de gran relieve con la embajada de Rabban Sauma.

En el verano de 1287 la curia papal vivía momentos difíciles. El fallecimiento del papa Honorio IV en abril, a los dos años escasos de su elección, confirmaba la serie de brevísimos pontificados que llenaron la segunda mitad del siglo XIII. Más aún, las dificultades que encontraron los electores del sucesor y el aplazamiento de la elección hasta pasado el invierno, de seguro traerían a la memoria los largos periodos de sede vacante que eran frecuentes.

Mal momento, pues, para que, a pesar de su exotismo, hallara buena acogida la embajada de Rabban Sauma. Con ella el il-Can persa Argún hacía una segunda tentativa para conseguir la colaboración militar de los europeos.

Rabban Sauma llegaba a Roma después de recorrer muchos kilómetros, que le habían ido alejando de su ciudad natal. Allí, en Pekín, había dejado a sus padres Shibán y Qiamta, apesadumbrados por tener que despedirse de su único vástago, habido ya en su madurez. Al igual que su padre, ministro importante en la iglesia nestoriana, también él había seguido la formación eclesiástica y obtenido puestos de cierta relevancia. Pero a sus veintitrés años abandonó todas sus dignidades para entrar en un monasterio. En su retiro pronto atrajo la atención de los fieles que a él acudían para recoger sus enseñanzas.

Entre los que se sintieron atraídos por la palabra de Rabban Sauma se hallaba Marcos, un joven procedente de un pueblo próximo a Pekín, hijo también de un eclesiástico nestoriano. Entre ambos surgió una profunda comunidad de ideales, que desembocó en un raro propósito: peregrinar a Occidente hasta llegar a Jerusalén. Nadie fue lo suficientemente convincente para hacerles desistir de un viaje tan largo

⁸ A. Bonner, «Notes de Bibliografia i cronologia lul·lianes», *EL* 24 (1980), 72-86; J.-B. Chabot, «Histoire du patriarche Mar Jaballaha III et du moine Rabban Sauma», *Revue de l'Orient Latin* 1 (1893), 567-610; 2 (1894), 73-142, 235-304, 566-643; A. Soler i Llopart, «El Liber super Psalmum Quicumque de Ramon Llull i l'opció pels tàrtars», *SL* 32 (1992), 3-19.

y tan duro. Los dos monjes emprendieron su camino, atravesando regiones desoladas por las guerras y enfrentándose con todos los rigores de las estaciones.

En Persia fueron muy bien recibidos en cuantos monasterios arribaban y se integraron en la vida eclesiástica. También el il-Can Abaqá les recibió amigablemente y les dispensó su protección. Las autoridades eclesiásticas, por su parte, pensaron que podrían servirse de ellos para reafirmar su jerarquía en el Oriente. En vistas de ello resolvieron consagrar a Marcos como obispo para la China septentrional y a Rabban Sauma nombrarlo visitador general. Marcos tomó el nombre de Mar Jaballaha. Pero los dos amigos no pensaban tomar el camino de retorno sin haber llegado al término de su destino, a Jerusalén, y retrasaron su regreso.

Nuevos acontecimientos, sin embargo, se interpusieron en su camino, cuando en febrero de 1281 falleció el patriarca de Bagdad. Como sucesor suyo los dignatarios nestorianos resolvieron elegir al obispo chino. Con esta resolución fue elevada la correspondiente súplica al il-Can. Abaqá lo aprobó y entregó al nuevo patriarca la tablilla de oro con las insignias reales. Cuando a finales de año Abaqá visita Bagdad, Jaballaha se encuentra a su lado como consejero.

Durante los años del breve il-canato del musulmán Ahmed, Jaballaha y Rabban Sauma sufrieron como los restantes cristianos las amarguras de la persecución. La ascensión de Argún al trono en 1284 restauró la tradicional tolerancia religiosa. Más aún, el patriarca se convirtió en uno de los consejeros más próximos del il-Can. Y a él acudió Argún cuando, al proyectar la conquista de Siria, concibió el propósito de una coalición con Occidente. Jaballaha no lo dudó, Rabban Sauma sería el mensajero idóneo.

El il-Can confió a Rabban Sauma los «decretos» con que, al estilo mongol, se dirigía a los dignatarios europeos y le entregó la tablilla de oro. La comitiva subió hasta el Mar Negro y arribó a Constantinopla, desde donde embarcaron.

El viaje de la legación combinó intereses religiosos y políticos. Éstos, sin embargo, eran en el inicio los centrales. Y cuando a finales de junio de 1287 la comitiva llegaba a Roma no había, ciertamente, posibilidad ninguna de tratarlos.

Desde Roma la expedición del dignatario chino recorrió Europa. En septiembre se entrevistaba, en París, con Felipe IV, y al mes siguiente, en Burdeos, con Eduardo I de Inglaterra. Después de visitar de nuevo París, la embajada llegó a Roma avanzado el invierno, cuando Nicolás IV había iniciado su papado. La corte romana le prestó esta vez más atención, pero cambió substancialmente el sentido de su misión. Las cuestiones que le fueron propuestas por los cardenales pretendían informarse de la fe de la iglesia caldea y, así, fueron trabajando hasta conseguir la proclamación de unión entre aquella iglesia y Roma. Se extendieron las correspondientes bulas, se prepararon los oportunos obsequios y Rabban Sauma, con el título de *Barbazona Thartarus orientalis archiepiscopus*, extiende documentos asociado a obispos latinos.

Todo ello va acompañado de manifestaciones significativas, atrayentes para la masa que llena las iglesias. En la Semana Santa de 1288 el obispo llegado del más lejano Oriente celebra la liturgia en su rito exótico ante la corte papal. Una piadosa atracción, pero por encima de todo una confirmación de la universalidad del poder de la Iglesia.

Aun sin dudar de la recta intención de Rabban Sauma o de la corte papal, es difícil valorar el exacto alcance de estos gestos. Las circunstancias convirtieron la misión política de Rabban Sauma al servicio del il-Can, en un acontecimiento religioso de reunificación eclesiástica. Resulta claro que una unión tan precipitada y personal no podía ser profunda, ni tener demasiadas repercusiones. Algo, por lo demás, que se repite de manera parecida en otros acontecimientos unionistas de aquellos siglos.

Rabban Sauma y sus acompañantes abandonaron definitivamente Roma en abril de 1288.

Ramon Llull

Después de una prolongada y significativa estancia en Montpellier, en la primavera de 1287, Ramon Llull se dirigió a Roma, a la corte papal. «E, com fos atès a cort, atrobà lo Sant Pare qui llavors era, mort de fresc». La sede vacante por la muerte de Honorio IV impidió a Ramon Llull presentar sus propuestas.

Es incierto cuánto tiempo permaneció Llull en Roma en aquella ocasión. Posiblemente poco. No sólo los rasgos de su temperamento o la expresión de la *Vita coetanea* lo sugieren. En efecto, es difícil suponer que si Llull permaneció en Roma hasta el verano de 1288, meses después, por tanto, de ser elegido papa Nicolás IV, abandonara la ciudad sin presentar ningún escrito a favor de sus proyectos y emprendiera viaje hacia París.

Sea lo que fuere, la coincidencia de fechas e itinerario con la embajada de Rabban Sauma obliga a plantearse si Llull tuvo conocimiento de ella, o, incluso, si tomó contacto con los embajadores orientales.

La sospecha parece convertirse en evidencia al abrir el *Liber super Psalmum Quicumque vult sive Liber tartari et christiani*. De fecha incierta, todo hace suponer que, en efecto, esta obra fue escrita entre 1287 y 1289. En ella, con «parábolas y metáforas», Llull quiere llamar la atención sobre la urgencia de la misión entre los infieles. A este propósito enmarca su exposición con una historia.

El protagonista de la narración es «cierto tártaro, muy sabio y entendido en filosofía, que habitaba en los confines de los sarracenos.» Este sabio en sus reflexiones descubre un importante hueco en su vida, la falta de una ley religiosa. Sin embargo, de momento, el apego a su familia y posesiones le induce a que permanezca en el «culto a los ídolos». Será un acontecimiento trágico, la muerte de un caballero amigo suyo, lo que le decidirá, definitivamente, a emprender su búsqueda.

Las dos primeras etapas de su camino serán fáciles, directas. Un judío, primero, y un musulmán, después, le informan resumidamente de sus creencias. La tercera etapa, sin embargo, el encuentro con la fe cristiana, será mucho más laboriosa. Primero porque supone un largo viaje por montes y valles hasta dar con un ermitaño. Y segundo, porque este ermitaño le mostrará un camino «a través del desierto» hasta encontrar a Blaquerna. Será este personaje luliano quien expondrá al tártaro extensamente la fe cristiana y después le remitirá a Roma para ser bautizado.

La explicación en boca del ermitaño se desarrolla como comentario al llamado símbolo atanasiano, una fórmula de profesión de fe muy usada en la liturgia cristiana. Pero esta referencia no pasa de ser un mero recurso de sistematización. El peso de la argumentación, en cambio, reside en los principios y las figuras del Arte luliano. Y lo que en ello llama la atención no es su uso por parte de Blaquerna, sino el que lo use para tal oyente. Ni la más mínima consideración introductoria se muestra necesaria para el tártaro «entendido en filosofía». Ni siquiera parece haber sido preciso mencionar la aceptación de tales principios por su parte. Blaquerna da por plenamente establecido que el tártaro comprende a Dios a través de sus propiedades y que le es familiar el «investigar por suposición».

Con la nueva fe aprendida y con el libro en que se han recogido las conversaciones mantenidas, el tártaro llega a la curia romana en el momento en que el papa está celebrando la misa. Al finalizar, el tártaro impetra el bautismo, y es luego bautizado con el nombre que él mismo ha escogido, Largus. Después, el nuevo cristiano, se ofrece «para ir a los confines de los tártaros» llevando consigo cartas papales para «su rey».

La historia luliana ha sido reiteradamente relacionada con la embajada de Rabban Sauma. Pero, en realidad, hay otros hechos que contribuyeron en la época de Llull a la popularidad del tema tártaro y sobre todo que incluyen el motivo del bautismo de un tártaro.

Un año después de los hechos relatados, el genovés Buscarellio Ghisolfi fue enviado por el il-Can con las respuestas a los mensajes recibidos a través de Rabban Sauma. No era la primera vez, ni sería la última, que el genovés intervenía en las relaciones diplomáticas. Tanto Argún, como más tarde Gazán, confiaron en sus buenos oficios como mensajero ante el papa y los reyes europeos. En esta ocasión, Buscarellio y sus acompañantes llegaron a Roma en el mes de septiembre de 1289. Visitaron, después, a Felipe el Hermoso y, en enero de 1290, se hallaban en Inglaterra. Fue durante esta legación cuando dos tártaros fueron bautizados. El hecho, por lo demás, no era insólito. También en 1274, cuando el concilio de Lyon, algunos tártaros habían sido solemnemente bautizados.

En este cruce de embajadores es posible conjeturar que Llull coincidiera bien con la legación de Rabban Sauma en Roma el 1288, bien con la embajada de

Buscarellio Ghisolfi en París a finales de 1289. En todo caso, el motivo referido por Llull resultaría familiar en aquel clima de atención a la cuestión mongol que imperaba en Occidente.

7. Llull recibe licencia para enseñar en Siria.⁹

En marzo de 1389, era remitido probablemente desde Mallorca a un tal Andrés, mercader de Barcelona, un importante documento. Se recogían en él nada menos que las calificaciones auténticas y más prestigiosas a favor de la doctrina de Ramon Llull. La copia venía con los avales notariales en regla.

Una de estas calificaciones era la que el 26 de octubre de 1290 Raimundo Gaufredi, maestro general de la orden franciscana, había firmado en Montpellier. En esta carta el general franciscano elogiaba la persona y la enseñanza de Ramon Llull y pedía a los ministros de las provincias de Apulia, Génova y Siria, que le acogieran en sus conventos y le permitieran explicar su Arte.

No hay motivos concluyentes para rechazar la fidelidad de estos documentos respecto del original, a pesar del asombro que puede causarnos ver procuradas a Ramon Llull credenciales para un país tan alejado de los escenarios normales donde se desenvuelve su actividad. A la búsqueda, pues, de detalles y acontecimientos que nos aclaren el contexto de este suceso, debemos prestar atención a la personalidad de quien suscribe el documento.

Y debemos comenzar recordando que aquéllos eran años en que se ventilaban importantes cuestiones en el seno de los seguidores de Francisco de Asís. Ya en tiempos del fundador se habían suscitado graves disputas en torno a las condiciones de la práctica de la pobreza. Mientras sobrevivieron aquellos que habían convivido con el santo, un cierto respeto a la memoria aún viva impidió que las querellas derivaran en enfrentamientos y divisiones. Pero, el alejamiento en el tiempo respecto a los orígenes, y la asimilación cada vez más definitiva de la orden por parte de las estructuras eclesiásticas, aconsejaban una solución definitiva. Lo que, por otra parte, había sido una corriente de opciones más o menos personales, se había convertido en facciones lideradas por personalidades destacables, con escritos que circulaban por doquier y conformando grupos de presión particularmente activos en el momento de decisiones sobre elecciones para cargos en la orden. Acometer la solución de estas cuestiones pendientes conformaría ya de antemano el programa que correspondería desarrollar al decimotercer Maestro general de la orden a elegir en el capítulo de Asís en 1289.

⁹ G.L. Potesta, *Angelo Clareno. Dai poveri eremiti ai Fraticelli* (Roma, 1990); L. Van Auw, *Angelo Clareno et les spirituels italiens* (Roma, 1979).

Gaufredi no era ciertamente el candidato papal. Tal vez previendo que los capitulares reunidos en Asís se resistirían a aceptar a su candidato, Nicolás IV, él mismo franciscano, mandó que se trasladaran a Rieti para reunirse en su presencia. Imaginaria el papa que se le presentaba una ocasión de oro para dejar constancia de la buena marcha de los negocios de la Iglesia, bajo su control, por supuesto. Pues, se hallaba asimismo en Rieti Carlos II, a quien Nicolás poco antes había coronado rey de Sicilia, contravinando todas las promesas gracias a las cuales el angevino había podido salir de la cárcel aragonesa.

Con todo, el capítulo general franciscano, haciendo caso omiso de las presiones papales, optó por elegir Maestro general al provincial de Marsella. Apenas iniciado su generalato Gaufredi tuvo que atender a cuestiones de suma importancia.

Sin duda, el caso más grave con el que tuvo que enfrentarse Gaufredi fue aquel que tuvo como protagonista central a Angelo Clareno.

Inmediatamente después de su elección, en una de sus primeras visitas a las provincias de la orden, Raimundo Gaufredi llegó al convento de Ancona, en las Marcas. Al examinar en capítulo la situación de la orden en la región, se topó con el caso de un cierto número de frailes sometidos a duras penas de reclusión y de privación de sacramentos, sin que para ello se especificaran claramente los motivos. Al tratar de aclarar los hechos, se revelaba como único motivo el que se hubieran excedido en el celo y la observancia de la pobreza. Después de haberlo considerado detenidamente, Gaufredi reconoció que aquellas conductas, lejos de suponer un motivo de castigo, debían ser algo a imitar por todos. Su decisión fue revocar las condenas que pesaban sobre aquellos frailes.

Para algunos cronistas contemporáneos de la propia orden franciscana, por esta decisión Gaufredi se granjeó definitivamente el odio de muchos, que no cesaron de acosarle hasta que consiguieron de Bonifacio VIII su destitución como general de la orden. La acusación tenía cierto sabor luliano: le tildaban de «*fautor phantasticorum et superstitiosorum hominum*».

La liberación de los encarcelados en Ancona tuvo como consecuencia que la polémica en torno a los *zelanti* se volviera más violenta. Sus enemigos pasaron al acoso permanente, con lo cual, a su vez, trataban de minar la autoridad de Gaufredi. En tales circunstancias sólo uno de aquellos hechos que suelen calificarse de providenciales, podría hacer posible una solución.

Y este acontecimiento se produjo, gracias al fervor cristiano de Hetum II, rey de Armenia.

Hacia ya algunas décadas que los franciscanos se habían establecido en Armenia. En sus distintos viajes fray Juan de Montecorvino había sido acompañado por miembros de su orden. Fue a través suyo, justo antes de iniciar su viaje a China, que en 1289 llegó a Gaufredi la petición de Hetum II para que el general tuviera a bien designar un nuevo grupo de frailes para establecerse en Armenia. Fue la ocasión propicia para solucionar la situación de los liberados de Ancona. Dis-

puso, pues, que el grupo, cinco en total, partieran para Armenia. Entre ellos figuraba Angelo Clareno.

Evidentemente, en Armenia, el grupo franciscano fue muy bien recibido por el rey. Su agradecimiento se hizo público en una carta leída en el capítulo general de París en mayo de 1292. Sin embargo, la estancia de aquellos franciscanos no dejaba de suscitar querellas. Así, apenas se difundió la noticia de su arribada, el guardián del convento de Acre, que en Italia había sido colaborador del provincial que castigara a los espirituales, consiguió que el provincial franciscano se dirigiera al rey Hetum para ponerle en guardia contra aquel grupo. Hetum les interrogó ampliamente y no halló razonables las prevenciones del provincial.

El grupo de Angelo Clareno debió entender su estancia en Armenia como un exilio. No era unánime su aceptación por parte de la mayoría de la orden y, en sus desplazamientos a Chipre u otras partes de Asia Menor, a menudo se les trataba de mala manera, incluso negándoles cualquier participación en la celebración de los sacramentos.

Además, las circunstancias hicieron que ni en Armenia mismo pudiera prolongarse su estancia. La caída de Acre, los episodios de las incursiones mongoles y la misma debilidad de la dinastía armenia, multiplicaron los factores de inseguridad para Angelo Clareno y sus compañeros. En 1294 el grupo se disolvió, tomando direcciones distintas para su regreso.

En julio de 1294 tendrá lugar la elección del papa Celestino V. Este breve pontificado, que tras cinco meses se cerrará con la única renuncia del papado que la historia conoce, será el momento de la gran esperanza para la familia de los espirituales. Un paréntesis, tan sólo, en el camino turbulento que Angelo Clareno deberá recorrer. Después, entre otros episodios, figurará una estancia prolongada en Grecia y una visita de cinco meses a Mallorca, en 1313, para visitar al infante Felipe de Mallorca.

Todos los hechos mencionados no constituyen, ciertamente, una explicación a la carta recomendatoria que recibiera Llull. Es cierto que los vive de cerca, en Montpellier. Durante 1289 había abandonado París, después de haber conseguido autorización para explicar públicamente su Arte. Pero 1290 es para él un año de gran actividad intelectual. Es el año, nada menos, de la principal reforma a que Llull somete su sistema, pasando de lo que se conoce como etapa cuaternaria, a la etapa ternaria, con la redacción del *Ars inventiva veritatis*. No se explica, pues, que tuviera tiempo suficiente como para tomarse en serio un amplio periplo de propagación de sus doctrinas. A no ser que construyéramos la hipótesis de que mestre Ramon, al revisar su sistema cara a esta campaña de propaganda, se encontrara de improviso con la tarea de proceder a una reformulación de los fundamentos mismos. Su posterior viaje a Roma y Apulia daría cumplimiento a sus planes primeros, sólo que recortando el área a recorrer.

Sea lo que fuere, no deja de tener gran interés que por las mismas fechas Gaufredi dispusiera el viaje de Clarenó a Oriente, a la provincia franciscana de Siria, y extendiera la autorización a Ramon Llull. Llull, por lo demás, coincidió con Clarenó por lo menos en tres ocasiones: en los días de la elección de Celestino V, en la celebración del concilio de Vienne y en los cincuenta días de estancia de Clarenó en Mallorca en 1313.

8. El desastre de la caída de Acre.¹⁰

Los últimos decenios de la presencia latina en Siria y Palestina fueron marcados por circunstancias de debilidad interna. Las rivalidades entre familias y facciones, las estrategias a menudo divergentes de las órdenes militares y de las potencias comerciales, así como una actitud, por parte de los centros de poder occidentales, que mezclaba el desinterés con una concepción idealista de la empresa cruzada, son algunos de los factores más sobresalientes.

La definitiva pérdida de Jerusalén en 1244 era ya un hecho lejano y ni siquiera la prolongada estancia del rey san Luís en Oriente había sido capaz de articular una empresa decidida de recuperación.

Reducida la presencia cruzada a unos pocos enclaves de la costa siria, los últimos años del Reino de Jerusalén están llenos más de episodios de lucha interna que no de campañas contra los musulmanes.

Estaban, por ejemplo, las dos potencias comerciales, con sus aliados, con sus perennes enfrentamientos. Ante el puerto de Acre, en mayo de 1287, tuvo lugar un encuentro entre un convoy pisano mandado por el almirante Orlando Ascheri y unas galeras genovesas al mando de Tomás Spinola. La victoria se inclinó a favor de los genoveses, pero no significó la última palabra. En la trastienda de este episodio, sin embargo, aparece otro elemento en escena. Poco después de la batalla, Tomás Spinola mantuvo contactos con el sultán Qalawun de Egipto en Alejandría. Los términos pueden suponerse: facilidades comerciales en Egipto para Génova, a cambio de vía libre para la flota egipcia.

¹⁰ M.-L. Favreau-Lilie, «The military orders and the escape of the Christian population from the Holy Land in 1291», *Journal of Medieval History* 19 (1993), 201-227; Ch. L. Kingsford, «The Kingdom of Jerusalem, 1099-1291», en: *The Cambridge Medieval History* (Cambridge, 1926); J. Riley-Smith, «Peace never established: The Case of the Kingdom of Jerusalem», *Transactions of the Royal Historical Society* 28 (1978), 87-102; R. Roricht, «Études sur les derniers temps du royaume de Jérusalem», *Archives de l'Orient Latin* 1 (1881), 617-652.

Mientras, en Siria dio comienzo uno de los episodios más amargos de este final de historia. Tras la muerte de Bohemundo VII, las fuerzas vivas de la ciudad de Trípoli se unieron en 1287 para erigirse en comuna y solicitaron el protectorado de Génova. La respuesta fue evidentemente positiva y el almirante Benedetto Zaccaria se dirigió a Trípoli como representante de la ciudad protectora.

La decisión comunal, sin embargo, no debía haber contado con la aceptación unánime, mucho menos de las órdenes militares. Después de muchas negociaciones se consiguió reforzar la autonomía de las instituciones ciudadanas. Sin embargo, había demasiados intereses en juego para dejar Trípoli en manos de los genoveses. Trípoli no era sólo un punto estratégico más. Se trataba de un ciudad populosa, industrial y culta. Poseía una floreciente industria textil, que las crónicas árabes testimonian al hablar de no menos de 4.000 telares en funcionamiento. La ciudad poseía también escuelas de fama reconocida, particularmente las dedicadas a medicina.

El descontento y la alarma ante el asentamiento de los genoveses en Trípoli desembocó en el envío desde Acre de una embajada a El Cairo. Aun desconociendo los términos del mensaje, resulta fácil comprender con qué satisfacción acogería Qalawun la oportunidad de intervenir en los problemas francos. El 4 de febrero de 1289 el sultán con sus ejércitos salía de El Cairo rumbo a Siria. Sus mensajeros le precedieron hacia Damasco con la orden a los emires locales de reunir las tropas para la conquista de Trípoli. Gracias a la amistad de uno de los generales del sultán, la orden llegó a conocimiento del maestro general del Temple. Alarmado por estas nuevas Guillermo de Beaujeu llegó a Trípoli para alertar a la población y organizar la defensa. Recordando sus intervenciones en los acontecimientos más recientes, nadie hizo caso de sus avisos, pensando que sería una más de sus acostumbradas intrigas.

El 20 de marzo Qalawun, con todo su ejército bien pertrechado, salió de Damasco en dirección a Trípoli. Cinco días después la ciudad era rodeada por el ejército mameluco y 19 catapultas empezaban el bombardeo sobre las defensas de la ciudad. El 27 de abril Trípoli era asaltada. La huida precipitada había comenzado días antes. Nobles, comerciantes, eclesiásticos y órdenes militares habían ido transportando sus tesoros a las pocas naves surtas en el puerto. La defensa se hallaba, por eso mismo, muy desatendida. La entrada de los mamelucos, como era de esperar, supuso la matanza de todos los hombres y la cautividad de mujeres y niños. A medida que avanzaban las tropas egipcias la población retrocedía hacia el puerto, y desde aquí, incluso a nado, hacia la pequeña isla que hay delante de él. Los que la alcanzaron no fueron más afortunados que los que perecieron entre las olas. La caballería egipcia consiguió atravesar con sus caballos a nado la corta distancia y masacró a todos los supervivientes. La ciudad fue arrasada en sus mismos fundamentos.

Ante la caída de Trípoli algunas fortalezas desperdigadas por la región ofrecieron someterse a Qalawun y considerarse sus vasallos. De esta manera pudieron sobrevivir más de una década pequeños núcleos de latinos en los territorios dominados por los mamelucos.

Tras la caída de Trípoli quedaba claro que el árbitro indiscutido de la región era el sultán Qalawun de Egipto. Los mongoles, tras su derrota de Hims en 1281, no habían reaparecido por Siria. Si bien las buenas disposiciones hacia Egipto, que había manifestado el il-Can Tegüder en 1282, se habían trocado en los planes de ofensiva que en 1289 el il-Can Argún confirmaba a Felipe el Hermoso de Francia, la campaña mongol no llegó a materializarse.

La nueva situación, pues, imponía a los interesados obrar en consecuencia. Lo demostraba claramente la buena previsión con que había actuado la ciudad de Acre algunos años antes. Frente a la ascendente estrella de Qalawun la ciudad notificó al sultán en repetidas ocasiones su disposición a concluir un tratado de paz, como ya en 1272 se había firmado con Baibars. Algo cansado de sus idas y venidas, Qalawun les llegó a prohibir que acudieran a él por tierra, temeroso, tal vez, de que de esta forma se mantuvieran demasiado bien informados sobre el estado de la región y la disposición de sus fuerzas. Por mar, pues, en mayo de 1283, una legación de ocho personas, entre ellos dos templarios y dos hospitalarios, se dirigieron a El Cairo para la conclusión del tratado.

El texto del pacto da una imagen bastante clara de cuál era, por lo menos legalmente, la convivencia de francos y mamelucos en la región. Las aldeas que se reconocen como posesión de los francos están desperdigadas por un amplio territorio. A propósito, resultará interesante señalar que no se encuentra en el texto ninguna referencia a Jerusalén. Por el contrario, en lo que es una especie de cláusula final, se reconoce el derecho de los francos a poseer «la iglesia de Nazaret y cuatro de las casas próximas que estarán dispuestas para recibir la visita piadosa de los peregrinos cristianos que procedan de Acre y de los otros lugares de la costa.» Este derecho, por otra parte, viene acompañado de una curiosa obstaculización: cualquier piedra de la iglesia que se venga abajo deberá ser echada fuera y no podrá ser repuesta.

Además de contemplar las circunstancias de la navegación y las obligaciones de asistencia en caso de naufragio, el tratado incluía un compromiso por lo que a terceros se refiere. Es un punto que interesa destacar. Curiosamente el único enemigo que se menciona por su nombre son los mongoles. Primero se establece que si una de las dos partes tiene conocimiento de que «algún enemigo, mongol u otros» se levanta en pie de guerra, debe avisar enseguida a la otra parte. En caso de que uno de estos enemigos, «mongol u otros», repite, ataque Siria y las tropas del sultán se batan en retirada, los francos pueden disponer libremente las medidas que crean más oportunas para su protección.

El otro caso contemplado es el de las posibles cruzadas procedentes de Occidente. Cuando se enteren de un proyecto semejante, los francos de Acre deben avisar al sultán por lo menos dos meses antes de la llegada de la expedición. Si realmente transcurren dos meses antes de la llegada, los de Acre quedan eximidos de cualquier responsabilidad en los ataques posteriores que reciban los mamelucos.

El tratado de 1283 fue firmado para «diez años, diez meses, diez días y diez horas», y estaba, por tanto, plenamente vigente en el momento de la caída de Trípoli; ciudad, por otra parte, no comprendida en el tratado. Sin embargo, los nuevos acontecimientos hicieron pensar en la necesidad de preparar su renovación. La corte de El Cairo, además, era meta de muchas embajadas. En diciembre de 1289 Alberto Spinola, en nombre de la república de Génova, llega a El Cairo para proceder a la restitución de algunas mercancías que naves genovesas habían apresado en un asalto a un convoy egipcio. Spinola aprovecha la ocasión para negociar un tratado que concedía facilidades comerciales a los genoveses en Alejandría. En esta ocasión el enviado de Génova se topó en la corte de Qalawun con embajadores de Constantinopla y del emperador germánico.

Inmediatamente después de la caída de Trípoli Enrique II de Chipre acudió a Acre, recibió una legación de parte de Qalawun y el tratado de 1283 fue renovado por otro igual período. Ello no obstante, tanto Enrique como las órdenes militares urgieron alguna iniciativa rápida en sus mensajes a Europa. Para desgracia suya obtuvieron respuesta. El papa Nicolás IV secundó la iniciativa y Venecia, temerosa de que Acre pudiera reportarles las mismas pérdidas que para los genoveses había supuesto lo sucedido en Trípoli, pusieron sus galeras a la disposición de los cruzados. Los que se iban reuniendo para pasar al Oriente no eran de lo más escogido de la sociedad. Había gentes de muy diversa procedencia, pero, ciertamente, muy pocos caballeros y soldados de profesión. En agosto los cruzados llegaron a Acre. Su sorpresa fue mayúscula.

En Acre lo que hallaron los cruzados fue todo lo contrario de una ciudad en armas. El renovado tratado de paz estaba dando sus frutos y las calles y los mercados de la ciudad estaban repletos de pequeños comerciantes y campesinos venidos de las regiones limítrofes que en Acre obtenían una muy rentable salida a sus productos. La presencia de musulmanes en la ciudad pertenecía a la normalidad de la vida diaria. Para los recién llegados, un hecho insólito, incomprensible. Su móvil había sido el de llegar y entablar combate enseguida. Tener que convivir, comerciar ahora con sus enemigos los infieles, no guardaba relación alguna con sus ideales. Las peleas callejeras, los asaltos, los desórdenes empezaron a multiplicarse en la ciudad. Y las autoridades se sentían impotentes para dominar aquella masa en una ciudad ahora más que superpoblada. En el colmo de su ofuscación los nuevos cruzados salieron a la calle y atacaron a todos los musulmanes, guiados sólo por el aspecto de su indumentaria. Ni decir tiene que muchos cristianos perecieron también por haber adoptado la moda oriental.

Las noticias de estos sucesos encendieron la ira del sultán. Inútilmente las autoridades de Acre y los dirigentes de las órdenes militares presentaron toda clase de disculpas. Propusieron incluso que presos comunes que se hallaban en las cárceles de Acre fueran entregados a Qalawun. Pero la propuesta corría el peligro de exasperar más todavía al populacho. La suerte de Acre estaba cantada. El plazo que se le concedió se lo debió únicamente a la muerte de Qalawun en noviembre de 1290.

El plazo expiró cuando el 6 de marzo de 1291 el sucesor de Qalawun, sultán al-Malik al-Ashraf, partió de Egipto al frente de sus tropas en dirección a Acre. El 5 de abril la ciudad era sitiada. Cientos de máquinas de guerra iniciaron el ataque del doble lienzo de murallas. Miles de guerreros, algunas crónicas los elevan a 60.000 hombres a caballo y 160.000 de a pie, rodeaban la ciudad, concentrándose en la parte sur, la más cercana al puerto. El asedio contó con un sinnúmero de salidas por parte de los sitiados, así como también diversas tentativas de negociar la paz. Pero la decisión del sultán era firme, había llegado el momento de acabar con la presencia de los latinos en Palestina.

Enrique II de Chipre acudió en socorro de la ciudad con unos 2.000 hombres. También algunos caballeros procedentes de Europa acudieron a Acre. Las órdenes militares, por su parte, movilizaron todos sus contingentes disponibles. Génova se mantuvo al margen.

En aquellos momentos Acre encerraba unas 55.000 personas.

Después de más de cuarenta días de asedio las tropas egipcias penetraron en la ciudad por el extremo opuesto al puerto. Los sucesos acaecidos en la toma de Trípoli parecieron repetirse. Calle a calle, casa a casa, la feroz resistencia de los cruzados fue masacrada por los invasores. Muchos nobles tuvieron tiempo de alcanzar sanos y salvos las naves. Otros no tuvieron la misma suerte. El Gran Maestre de los Templarios, Guillermo de Beaujeu, fue herido en combate y falleció ahí mismo. El Gran Maestre de los Hospitalarios, herido también, fue embarcado contra su voluntad y logró escapar con vida. El patriarca de Jerusalén, Nicolás de Hanapes, natural de Reims, pereció ahogado al sobrecargarse la embarcación en que emprendía su retirada. La ocasión, por otra parte, no fue desaprovechada por el templario catalán Roger de Flor que se hallaba en Acre con «la major nau qui en aquell temps fos feta» y llamada «lo Falcó». La nave había sido comprada para él a los genoveses por el maestre del Temple, tal vez en el marco de su política de rearme naval. Roger de Flor acogió a muchos prófugos en su nave, con lo que, en el decir irónico de Ramon Muntaner, «guanyà en aquell viatge sens fi». Sería uno de los motivos por el que se levantarían en su contra graves acusaciones, y que le llevarían a abandonar la orden.

Es imposible calcular cuántos fueron los que hallaron su muerte en el asedio y cuántos fueron hechos prisioneros y vendidos como esclavos. Diez años después de la caída de Acre aún retornaba algún superviviente liberado de su cautividad.

El espanto de aquella tragedia merece esta descripción de un cronista árabe: «Los musulmanes provocaron en Acre un espantoso baño de sangre y consiguieron un botín incalculable. A los que se resistieron hasta el final, el sultán los mandó decapitar hasta al último hombre. Después se ordenó que la ciudad fuera destruida hasta el nivel mismo del suelo.»

Tras Acre fueron cayendo los últimos girones del reino de Jerusalén. Tiro, Sidón, Tortosa, Beirut y los monasterios del Monte Carmelo, Haifa, fueron tomadas entre el 19 de mayo y el 14 de agosto de 1291. Sólo la pequeña isla fortificada de Ruad, frente a Tortosa, permanecía en manos de los Templarios. Estaba destinada a ser el último escenario de la epopeya cruzada.

Para Occidente la hecatombe de la caída de Acre fue un mazazo psicológico. Ricoldo de Monte Croce, que a la sazón se hallaba en Bagdad, exclamará en una de sus cartas: «¿Dónde está Trípoli, dónde Acre, dónde tantas iglesias cristianas diseminadas por aquellos lugares? ¿Dónde las reliquias de los santos, dónde tantos religiosos y monjas que alababan a Dios, cual luceros de la mañana? ¿Dónde la muchedumbre del pueblo cristiano? Religiosos y guerreros han sido asesinados, exceptuados los niños para convertirlos en sarracenos, y las damas, las monjas y las doncellas, que han sido entregadas como concubinas y esclavas, para que por ellas se multiplique el pueblo sarraceno.» Tras esta desolación religiosa no se ocultaba tampoco la ruina moral que sobrevino a la sociedad cruzada. El cronista templario de Tiro lo menciona: «Luego que se perdieron Acre y Siria las gentes se trocaron de buenas en malas personas. Ya nadie amaba a su prójimo, ni le quería servir o socorrer. Nunca se había visto a los nobles tan degradados y envilecidos.»

El papa Nicolás IV, por su parte, seguía muy de cerca los acontecimientos. En marzo de 1291 se esforzaba en convocar a la organización de una cruzada. Y el 1 de agosto, dos meses después de los acontecimientos, dirige a toda la cristiandad la carta *Illuminet super vos* en la que da cuenta de la caída de Acre y emplaza a los cruzados para junio de 1293. El papa encarece a todos los responsables que promuevan la predicación de la cruzada, establece que se concedan indulgencias, pide incluso que se condonen las deudas de quienes quieran sumarse a la expedición. No olvida tampoco aconsejar prudente vigilancia frente a los aprovechados de siempre.

Con estos antecedentes no resulta extraño que en la calamidad de 1291 se levante un dedo acusador contra las órdenes militares. La opinión que culpa de la catástrofe de Acre a la enemistad de las órdenes militares entre sí, no sólo aparece en los cronistas contemporáneos, sino también en cartas del mismo papa.

Al hacerse eco de la pérdida de Acre los cronistas ponderan la duración del asedio, 45 días, y la multitud de muertos, tantos que quedaron repletos los fosos de la ciudad. El motivo de las disensiones y la reacción papal aparecen en la *Continuatio Weichardi de Polheim* con estos términos: «Era opinión de muchos que si hubiera habido buen entendimiento entre los hermanos de las casas del Hospital,

del Temple y Teutónicos, y entre la demás gente, la ciudad no hubiera sido tomada. Por eso mandó el papa Nicolás [IV] que se reunieran concilios provinciales para deliberar cómo se podría ayudar a aquella tierra. En un concilio celebrado en Salzburgo se mandó un mensaje al papa sugiriéndole que por decreto se dispusiera la unión de aquellas tres órdenes en una, y que se llamara al rey de los romanos para que acudiera en socorro de Tierra Santa.»

Efectivamente, en agosto de 1291 Nicolás IV se dirige a diversos obispos pidiéndoles su parecer sobre la reunificación, así como la discusión del tema en concilios provinciales. La misma petición dirige incluso a diversos superiores de las órdenes militares mismas, así como a Felipe IV de Francia. Corresponderá a Clemente V, en el concilio de Vienne en 1312, avanzar hacia la unificación suprimiendo oficialmente la orden del Temple.

Durante este mismo mes de agosto se registran otros mensajes. En unos se dirige al il-Can Argún y a algunos personajes de su corte, exhortándoles a recibir el bautismo. En un segundo grupo de documentos se refiere a las raíces del desastre de Acre. Así, el 13 de agosto se dirige a las autoridades y al común de Génova recordándoles los sucesos recientes, y rogándoles hagan las paces con los venecianos, como también que mantengan y hagan cumplir la prohibición de comerciar con Egipto. En fin, en otros documentos, expedidos entre el 18 y el 26 de agosto, se dirige a diversos obispos rogándoles consideren la cuestión de la unificación de las órdenes militares.

9. Victoria mongol y armenia en Hims.¹¹

Un aliado con el que pudieron contar siempre los mongoles fue el reino cilicio de Armenia. A la fuerza, también, el pequeño reino tuvo que depositar en esta alianza la garantía de su supervivencia, puesto que sus relaciones naturales con Bizancio y Occidente fueron inconstantes.

¹¹ R. Amitai, «Mongol Raids into Palestine (A.D. 1260 and 1300)», *Journal of the Royal Asiatic Society* (1987), 236-255; T.S.R. Boase (ed.), *The Cilician Kingdom of Armenia* (Edinburgh, 1978); G. Dedeyan, «Les listes "féodales" du Pseudo-Sinbat», *Cahiers de Civilisation Médiévale* 32 (1989), 25-42; P.M. Holt, «Qalawun's Treaty with Genoa in 1290», *Der Islam* 57 (1980), 101-108; J.-M. Merigoux, «Un précurseur du dialogue islamo-chrétien. Frère Ricoldo (1243-1320)», *Revue Thomiste* 73 (1973), 609-621; D.O. Morgan, «The Mongol Armies in Persia», *Der Islam* 56 (1979), 81-96; A. Mostaert, F.W. Cleaves, *Les lettres de 1289 et 1305 des ilkhan Argun et Oljeitu à Philippe le Bel* (Cambridge, 1962); L. Petech, «Les Marchands Italiens dans l'Empire Mongol», *Journal Asiatique* 250 (1962), 561-563

Su origen remoto se lo debía a Bizancio. Algunos generales procedentes de Armenia, que habían servido a Bizancio, recibieron según la costumbre de la *pronoia* tierras en la franja de Cilicia. El establecimiento atrajo también a otras familias procedentes directamente de Armenia. Hechos que significaron, por otra parte, el surgimiento de constantes luchas entre familias. En los fértiles valles del sur del Tauro los nuevos pobladores desarrollaron pronto su dominio, de tal forma que Benjamín de Tudela en 1167 habla ya, impropiaemente, de Toros como rey de Armenia.

La instauración del reino era la gran esperanza de los armenos. Confiaban conseguirlo de la visita de Federico Barbarroja. Pero el emperador falleció durante esta visita, en junio de 1190. Después de ulteriores negociaciones y no pocas concesiones en materia eclesiástica, el 6 de enero de 1198, en presencia del canciller del Sacro Imperio Romano Germánico y del legado papal, León fue coronado rey en la catedral de Tarso.

Le tocó a Hetum I jugar la carta de los mongoles, alentado por las victorias que éstos estaban consiguiendo. Hetum visitó al Gran Can en 1253 y estableció un pacto de colaboración. Cuando la suerte cambió, Armenia sufrió las iras de Egipto. Baibars saqueó Sis en 1266. Después de la derrota de Hims, Armenia se vió obligada a negociar con el Cairo y en 1285 tuvo que firmar un pacto en condiciones extremadamente gravosas.

En 1289 inició su novelesco reinado Hetum II, rey a la fuerza. Por cuatro veces subió al trono y renunció a él. Su primer período duró escasamente un año, tras el cual se retiró a un monasterio. Llamado de nuevo en 1291 acogió a Angelo Clareno y sus compañeros enviados por Ramon Gaufredi. La segunda renuncia al trono se produce tres o cuatro años después. El rey ingresa en un convento franciscano y profesa tomando el nombre de fray Juan. Otro escaso año de retiro y Hetum es llamado de nuevo al trono. En esta ocasión se empeña en reforzar las alianzas del reino y visita al Gran Can y Bizancio. En esta ciudad vive el saqueo del barrio veneciano por parte de los genoveses. Al regresar a Sis encuentra que su hermano Sempad, que había dejado al frente del reino, no tiene intención de dejar su puesto. Hetum es expulsado y en busca de auxilio para recuperar su trono visita Chipre, Bizancio y Persia. Una nueva intervención de los nobles del reino le lleva por cuarta vez al trono.

Minado por una historia tan inestable, el pequeño reino vivía ante la continua amenaza de los sirios y sometido al pacto de 1285 con el Cairo. Por eso, los planes de nuevas campañas programadas por el il-Can Gazán contra Egipto encontraron la respuesta pronta del rey Hetum, fray Juan.

Después de la derrota de Hims en 1281, los il-Canes sucesivos no habían dejado de pensar en una revancha contra Egipto. Argún, proclamado il-Can en agosto de 1284, envió una legación a Honorio IV en 1285 y la embajada a Europa, conducida por Rabban Sauma en 1287. De nuevo escribió a Roma en 1289. A su

muerte sucedieron los años desastrosos del il-Can Geikatu y la revuelta de Baitu. Contra éste se levantó Gazán, hijo de Argún. Gazán había tomado como esposa a la princesa china Cocain, en realidad destinada a ser esposa de su padre. Marco Polo la había acompañado desde la lejana China en un viaje que le había llevado a lo largo de la costa de Asia y en el que perecieron más de quinientos hombres.

Poco antes de iniciar su expedición contra Baitu, el 19 de junio de 1295 Gazán se había declarado musulmán. Con su subida al trono la tradicional tolerancia religiosa iba a sufrir un duro revés. En efecto, los primeros meses de su gobierno fueron de auténtica persecución religiosa. El florentino fray Ricoldo de Monte Croce se encontraba en Bagdad por aquellas fechas y tuvo que huir disfrazado de camellero. A su regreso a Europa los años de intensa actividad misional le sirvieron para escribir las obras *Improbatio Alcorani*, *Libellus ad nationes orientales* y *Liber peregrinationis*.

La política religiosa de Gazán fue casi inmediatamente suavizada, posiblemente porque gran parte de la administración, de la que debía servirse para reorganizar Persia, era nestoriana. El éxito de esta reforma administrativa y económica fue la plataforma que le animó a interesarse de nuevo por Siria.

Solicitado por algunos emires sirios, Gazán apoyó ciertas revueltas contra Egipto. Estas revueltas ocasionaron finalmente una expedición de represalia por parte de las tropas egipcias, en la primavera-verano de 1299, durante la cual no se ahorraron ni el saqueo de mezquitas, ni el exterminio de fieles musulmanes durante la celebración del Ramadán. Para Gazán estos fueron motivos religiosos que le obligaban a tomar las armas. El 16 de octubre de 1299 se inició la expedición contra la presencia de los egipcios en Siria.

A mediados de diciembre el ejército mongol se hallaba en las cercanías de Alepo y, sin atacar la ciudad, seguía hacia el sur. Sería posiblemente en este punto cuando se le juntó Hetum de Armenia, tal vez acompañado además por algunos contingentes de las órdenes militares. Éstas no habían perdido aún las esperanzas de recuperar las fortalezas que con anterioridad habían poseído en la región. El rey armeno era el único que respondía así a la invitación que Gazán había hecho también al rey de Chipre y a los maestros de las órdenes militares.

Los egipcios aguardaban cerca de Hims, alentados por el recuerdo de su victoria en ese mismo lugar en 1281. Gazán, rehuyendo el ataque frontal, inició un lento repliegue hacia el este con el fin de sorprender la retaguardia enemiga. El il-Can parecía querer retrasar el momento del ataque. El día 22 por la mañana el grueso del ejército mongol se hallaba abrevando y apacentando sus caballos. Como exigían sus necesidades los diferentes grupos se hallaban dispersos en una extensión de varios kilómetros. En el campamento propiamente dicho se hallaban únicamente Qutlughshah y el mismo Gazán. Con ellos no se hallarían más de 15.000 soldados. El il-Can tenía junto a él casi únicamente lo que formaba su guardia personal.

Hacia las once de la mañana, aprovechando la dispersión de las tropas mongoles, los egipcios iniciaron de repente el ataque. Los dos grupos del sorprendido ejército mongol intentaron concentrarse en sus posiciones, quedando separados entre sí. Qutlughshah, conociendo lo reducido de la tropa de Gazán, ideó una maniobra de despiste. Hizo resonar los grandes tambores de guerra, con el fin de hacer creer al enemigo que en el grupo se hallaba el il-Can y la plana mayor de las fuerzas. La treta surtió efecto y los egipcios dirigieron el grueso de su ejército sobre el grupo de Qutlughshah. Los soldados que se hallaban con Gazán, conociendo su inferioridad, se ordenaron para la defensa. Utilizando un recurso reservado para situaciones desesperadas descabalaron de sus monturas y, formando un círculo, disparaban sus flechas parapetados por los caballos.

Alertados del inicio de la batalla, las dispersas tropas mongoles iniciaron su concentración y acudieron al lugar de la refriega. Dada la rapidez de movimientos, en vez de agruparse en orden de batalla, los diferentes grupos procedieron directamente a atacar al enemigo. Pronto los egipcios se vieron desbordados por los frentes que se les abrían desde todas las direcciones. Oleadas sucesivas de jinetes se acercaban para disparar sobre ellos sus pesadas flechas.

Entre los primeros que llegaron a prestar socorro a Gazán se hallaba el grupo de los aliados armenos. A su cabeza Hetum, vestido con el hábito franciscano, blandía la cruz y la espada contra los enemigos del pueblo cristiano.

Hasta la caída de la noche duró el combate. Poco a poco los mamelucos pudieron comprobar que no habría una segunda victoria de Hims. No les quedó más remedio que iniciar una retirada precipitada, sin tiempo para entrar en la ciudad y recoger sus tesoros. El botín fue cuantioso. Los emires locales que habían ido retrocediendo ante la presencia de los mongoles y que, como era costumbre, lo hacían cargados con sus pertenencias más valiosas, habían dejado para el ejército de Gazán una ciudad repleta de riquezas. El il-Can pudo recompensar con esplendidez al rey Hetum, reconociéndole que le había prácticamente salvado la vida. El 28 de diciembre Gazán entró triunfalmente en Damasco.

Un cuerpo del ejército, con la participación de Hetum, persiguió a los egipcios hasta las inmediaciones de Gaza. A finales de enero de 1300 le llegó la noticia a Gazán: los egipcios habían sido expulsados de Siria.

10. La lenta reacció de los cruzados.¹²

Las noticias de las victorias de Gazán atravesaron con rapidez el Mediterráneo. Las referencias a los hechos militares se mezclaban con las imágenes familiares para el Occidente. La campaña mongol, apoyada por las reducidas tropas cristianas de Hetum, se dibuja como una victoria cruzada.

Un tal Nicolás narra en una carta que dos galeras trajeron la buena noticia a Venecia. Se decía que Gazán había reunido un ingente ejército, mayor que el que movilizara Alejandro Magno en sus campañas, con el fin de aniquilar la pérfida ley de los sarracenos. «El rey de los tártaros, apartando de sí todo temor, encendido de celo, dirigió su espada contra los enemigos de la cruz.» Su avance victorioso había llegado hasta Hims. Duras horas las primeras de aquella memorable jornada. Horas de indecisión motivadas, como sabemos, por la sorpresa del ataque mame-luco, precisamente cuando las tropas mongoles se hallaban dispersas. Los generales, a decir del corresponsal, tuvieron que insistir para que Gazán se decidiera a contraatacar. «Vencido finalmente por los ruegos de los suyos, alrededor del mediodía, el rey de los tártaros, precedido por el pendón cruzado (*vexilla crucis precedente*), inició el ataque contra los sarracenos.»

Tal vez con mayor realismo, quienes vivían más de cerca aquellos acontecimientos también notificaron las últimas novedades a sus conocidos.

La corte del rey de Aragón fue puntualmente informada. La retirada de los mamelucos a Damasco, el incendio y destrucción de la ciudad por parte de los mongoles, la derrota total, en fin, de los egipcios, era comunicada a Jaime II por una carta que le dirigía Ça Guardia. En ella se hacía referencia también a los preparativos que se hacían en Chipre para unirse a las tropas victoriosas y recuperar Siria. Según estos datos la carta había sido fechada entre febrero y marzo de 1300.

Jaime II de Aragón reaccionó con entusiasmo ante estas noticias. Dispuso una embajada que dirigida por Pere Solivera visitaría Chipre, Armenia y la corte de Gazán. La espléndida carta que dirigía al il-Can dice:

Al molt gran e poderos rey dels Mogols Cassan rey dels reys de tot lo Levant en Jacme per la gracia de Deu rey de Arago, de Valencia e de Murcia e conte de Barcelona e de la molt sancta esgleya de Roma senyaler, almiral e capitani general salut e bonastrucs succehimens.

¹² W. Bettenbach, «Ein Bericht über die Schlacht bei Hims am 23 Dec. 1299», *Neues Archiv der Gesellschaft für ältere deutsche Geschichtskunde* 4 (1879), 207-208; E. Finke, *Acta Aragonensia*.

Cor neguna creatura no es, que aja poder en si sino aytant com nostre senyor Deu tot poderos ne vol donar als seus amics. Entre ls quals havem entes, que ell, qui tot poderos es, a elegut vos e la vostra alta sanch per espaha de dretura en terra a confondre e destruyr los seus enemics, qui-l seu sanctuari de la sancta casa de Jerusalem per moltes vegades an ensutzat: de la qual novela lo nostre cor molt se alegra.

On con los nostros predecessors tots temps ajen desijat d'esser e de passar en aquestes partz per ajudar a conquistar la Terra Sancta, majorment con certa cosa sia, que la maior partida dels regnes, que nos tenim, los ditz predecessors nostres ajen conquests e guaanyats de les mans e poder de la mala semença dels infeels Sarrayns ab la sancta ajuda e misiricordia de nostre senyor Deu tot poderos, e nos desigem mes que nuyla altre cosa, que sia en aquest mon, de passar en aquestes parts per ajudar a trer de les mans e poder dels dits infeels Sarrayns la Terra Sancta, on nostre senyor Deu pres mort e passio per nos a reembre e salvar e metrela en poder dels feels crestians, per ço que-l seu sant nom hi fos loat e beneyt:

Per la qual cosa fem a vos saber, que, si avets mester nostra ajuda de naus, de galees e de gens d'armes, de cavals ni de viandes ne de negunes altres coses profitoses a la vostra host, pregamvos, que m'ho fassats saber per vostre missatge, car nos som apareyllats de fer e cumplir-ho. Sabeu per cert, que nos avem fet ordonament e manament a totes nostres gens, qui vulen passar en aquexes partz a honor de Deu e a creximent de la vostra host, que ho puschen fer sens negu contrast. Per esters si mester hi avetz-nos ni les notres gens, fet nos ho saber per vostra letra e missatge per lo feel nostre en P. Solivera, burgues de la ciutat de Barcelona, portador d'aquesta carta nostra, lo qual a vos trametem per especial missatge nostre, cor nos som aparellatz e avem molt gran volentat de passar-hi, per tal que la mala erba, qui lonc temps ha tenguda e ensutzada la dita Sancta Terra de Jerusalem, puscha esser taylada sobre terra.

Pregan vos, que-ls christians, que trobarets en les parts, on vos serets, e especialment los Franchs de nostra terra sots la sancta fe catolica constituïts, ajats en vostra guarda e defeniment especial per terra e per mar axi en la sancta terra, que Deus vos ha donada a guanyar con en aquella de d'aquí avant vos donara. E com sobre aço algunes paraules ajan comanades al dit feel nostre en P. Solivera, que us diga de part nostra, pregam la vostra excellencia afectuosament, que al dit P. Solivera cregats de tot ço, que sobre aquests feyts dira a vos de part nostra.

Escrita en la ciutat de Leyda xviii dies anats del mes de Maig en l'an de nostre Senyor de M.CCC.

Las instrucciones que recibió Solivera sobre lo que debía transmitir oralmente, son estas:

Aquests son los capitols, que'n P. Solivera burgues de Barcelona a a dir al rey dels Mogols de part del rey d'Arago:

Primerament que diga de part del senyor rey al dit rey dels Mogols, con lo dit senyor rey d'Arago vol saber, que, si vol ajuda d'el, quina part aura de la Terra Sancta, que mijansan la gracia de nostre senyor Deu a guanyada novelament e d'aquella, que d'aqui a avant guanyara e conquerra.

Item que totes les gens del rey d'Arago sien salves e segures en la dita terra, que a guanyada e d'aqui avant Deu li donara per mar e per terra, e pusquen fer pelegrinatges segurament sens negun tribut totz los christians Francs sen negun embargament.

El ofrecimiento de Jaime II sería de las primeras iniciativas que la noticia de las victorias de Gazán provocaba en Occidente. También sería él de los primeros que podría darse cuenta de lo infundado de las esperanzas surgidas. Quizá sólo un par de meses después, Jaime II recibiría la carta del sultán egipcio al-Nasir que le comunicaba su victoria sobre los mongoles.

Entre otros personajes que informaban a la corte aragonesa, en noviembre de 1300 era el mismo Jacques de Molay, Maestre de la orden del Temple, quien se dirigía a Jaime II para informarle de los últimos acontecimientos. El maestre templario se refería a la expedición cruzada que había ocupado Tortosa y Ruad poco antes, a la espera de unirse a las tropas mongoles. El encuentro no se produjo, comunicaba Jacques de Molay al rey de Inglaterra en abril del año siguiente. Según sus informes Gazán se había visto retenido por enfrentamientos familiares, pero su venida estaba prevista para septiembre de 1301. Los hechos demostrarían lo infundado de tales esperanzas.

También a Chipre, evidentemente, llegaron las noticias de las victorias de los mongoles. Se decía incluso que las órdenes militares habían sido restablecidas en sus antiguas posesiones. En realidad en Chipre se estaba trabajando aún en los preparativos del ejército que Gazán había solicitado al inicio de la campaña.

En Chipre, sin embargo, los preparativos siguieron adelante. Algunos quizás con la esperanza de ser los primeros en sacar provecho de la ocupación de la región. Así un tal Petrus de Vares que en enero contrata una nave con 55 marineros para hacer el periplo de los puertos sirios, de Tortosa a Acre, los próximos meses de marzo a julio.

Enrique II de Lusignan, Amalric de Tiro, el Gran Maestre del Temple y el del Hospital armaron conjuntamente dieciséis galeras. En julio zarparon desde Famagusta con el propósito de atacar las costas siria y egipcia. La campaña, sin embargo, se redujo a un raid sobre los puertos de Alejandría, en el delta del Nilo, Acre y Tortosa, sin más consecuencias.

La expedición chipriota estaba de antemano condenada al fracaso. Los aliados mongoles ya no estaban ahí para auxiliarles.

En efecto, después de su triunfo, Gazán apenas permaneció un mes en Damasco. A principios de febrero iniciaba su regreso, tal vez alertado por insurrecciones en el sur de Persia. Su comandante Qutlughshah dejaba la ciudad dos meses después. Pisándole casi los talones los egipcios iban reocupando Siria. En mayo tenían Damasco otra vez bajo control.

Hay que reconocer que el tema sirio era una preocupación permanente, casi una obsesión, para Gazán. Un año después hará un nuevo intento. En enero de 1301 sus tropas se hallan otra vez en las proximidades de Alepo. Pero, en esta ocasión, las torrenciales lluvias de aquel invierno le harán desistir de continuar su campaña.

Tampoco en esta ocasión los latinos pudieron unirse a sus aliados mongoles. En efecto, un segundo grupo de fuerzas, unos trescientos hombres, integrado por templarios y, en menor número, hospitalarios, conducidos por Amalric de Tiro, en noviembre de 1300 había dirigido un ataque sobre Tortosa, en la costa Siria a la altura de Hims, ocupando la ciudad sólo algunos días y retirándose después a la pequeña isla de Ruad, ante el acoso de los ejércitos egipcios. Se habían puesto en contacto con los mongoles y esperaban encontrarse con sus tropas. Pero los mongoles se hallaban detenidos por los elementos naturales y habían desistido de proseguir su expedición. Desde Antioquía llegaron noticias a los cruzados informando de lo sucedido y notificando que la campaña se reiniciaría en el próximo mes de septiembre. Amalric regresó a Chipre, dejando las tropas en Ruad. Muy pronto los egipcios pusieron cerco a la pequeña isla con una flotilla de 20 navios. La resistencia se prolongó hasta octubre de 1302, en que unos 200 defensores fueron conducidos a El Cairo, cuando otros 800 habían sucumbido en el asedio.

En abril del mismo año 1302, en una carta dirigida a Bonifacio VIII, Gazán aseguraba hallarse firmemente decidido a emprender de nuevo la campaña de Siria. En esta ocasión, sin embargo, no asistirá personalmente al campo de batalla. Qutlughshah se hace cargo de la expedición, y a él le corresponde el triste destino de regresar junto al il-Can con la nueva del desastre total sufrido por las fuerzas tártaras.

Dos años después fallecía Gazán, su sueño de dominar Siria aún irrealizado.

11. Ramon Llull en el reino de Chipre.¹³

Ramon Llull llegó por segunda vez a París en agosto de 1297 y permaneció allí hasta julio de 1299. Fueron los años fructíferos de su amistad con Thomas Le Myèsier y su relación con los cartujos de Vauvert, a quienes regala una copia de la traducción latina del *Llibre de contemplació*.

Es en su relación con la cartuja de Vauvert que hay que sugerir otro posible contacto de Llull con un personaje importante para el conocimiento de los hechos orientales. Se trata del príncipe armeno Aitón de Gorikos.

En su *Flores Historiarum Terrae Orientis* el príncipe Aitón narra los repetidos intentos por parte de los mamelucos de apoderarse del pequeño reino armeno. Culpa de los éxitos egipcios al grave estado en que las luchas por el poder habían sumido a Armenia. En efecto, desde 1296 a 1298 tuvieron lugar las luchas fratricidas por el trono armeno, que se cerraron en 1298 cuando Hetum II lo recuperó. Hetum mandó al exilio a sus oponentes, y antaño contendientes entre sí, Sempad y Constantino. Es de suponer que estas medidas, así como los acontecimientos anteriores, provocarían el exilio también de partidarios de los bandos rivales. Por el tono nada entusiasta con que el príncipe trata al rey Hetum en su historia, no parece descabellado suponer que el narrador se vió envuelto en estos acontecimientos, hallándose precisamente en el bando de los perdedores.

Al narrar estos episodios, así como la campaña de Gazán de 1299, el príncipe Aitón interrumpe su relato para informarnos que «antes que sobrevinieran tales calamidades al reino de Armenia, emprendí el viaje para cumplir mis promesas a la Madre de Dios en Vauvert. Por lo cual atravesé el mar y pasé dos años antes de regresar a mi tierra.»

Si, como parece lo más probable, Aitón se refiere a la cartuja parisina, y si su partida, como más tarde, coincidió con el exilio de Sempad y Constantino, en la primavera de 1299 habría tenido tiempo más que suficiente para arribar a su destino.

¹³ G.M. Andersen, «An Economic Interpretation of the Medieval Crusades», *The Journal of European Economic History* 21 (1992), 334-366; M. Balard, «Il paesaggio urbano di Famagusta negli anni 1300», in: *Covegno di studi sui ceti dirigenti nell'istituzioni della Repubblica di Genova* (Genova, 1984), 277-191; A.J. Forey, «The Military Orders in the Crusading Proposals of the Late Thirteenth and Early Fourteenth Centuries», *Traditio* 36 (1980); H.F. Delaborde, «Actes passés à Famagouste de 1299 à 1301 par devant le notaire génois Lamberto di Sambaceto», *Revue de l'Orient Latin* 1 (1893), 206-215; P.W. Edbury, *The Kingdom of Cyprus and the Crusades, 1191-1374* (Cambridge, 1991).

¿Conoció Ramon Llull al príncipe Aitón en la cartuja de Vauvert? Si así fue, seguro que no desaprovecharía la ocasión para informarse de los hechos más recientes acaecidos en Oriente. Sus contactos con la casa de Aragón o con los círculos mercantiles, sin duda le habían proporcionado ya un cuadro general de la situación. Las informaciones de Aitón lo completarían de forma más fidedigna. Y su comportamiento posterior se nos presenta de modo mucho más comprensible. Si Aitón le había hablado del momento ascendente del poder mongol, cualquier posterior noticia podría interpretarla como confirmación total de los proyectos conocidos. La sucesión misma de los episodios de su viaje a Chipre y Asia Menor adquieren una consistencia nueva y la lógica que siguieron se nos manifiesta mayor.

No es necesario suponer que cuando Llull pasa por Barcelona en 1299 abrigara proyectos definidos cara al Oriente, o que cuando en mayo de 1300 partiera de Barcelona la embajada de Pere Solivera con la felicitación a Gazán, Llull permaneciera aún en esta ciudad. Es lo más probable que por aquellas fechas mestre Ramon estuviera ya en Mallorca. Se mantendría a la expectativa.

Y sin embargo, pese a los términos usados por la *Vita coaetanea*, la sucesión cronológica no indica que Llull reaccionara a las primeras noticias llegadas del Oriente, entregado a su proyecto de predicación en sinagogas y mezquitas, según el permiso real obtenido a su paso por Barcelona, y metido en la redacción de diversas obras. Resulta difícil precisar cuándo Llull abandonó Mallorca. Al fechar una breve obra en verso, la *Aplicació de l'Art general*, indica que lo escribe en marzo de 1300. Lo cual implica que si fue después del 25 de marzo, día en que se iniciaba el año, se refiere a 1300, pero si era antes del 25, en realidad se trataba de doce meses más tarde, en 1301.

Lo cierto es que en septiembre de 1301 Ramon Llull había llegado a Chipre. Y apenas arribó a la isla pudo darse cuenta de la parsimonia de los acontecimientos: «Al oír Ramon las noticias, apenas encontró una nave preparada, navegó a Chipre. Una vez allí, se encontró que los rumores eran totalmente falsos. Viéndose frustrado en sus primigenios proyectos, aquellos que motivaron su viaje, Ramon empezó a imaginar otro camino en que ocupar el tiempo que Dios le concediera, no mano sobre mano, sino haciendo algo útil.»

No parecía que se hubiera dicho la última palabra en la cuestión siria. La ocupación de la pequeña isla de Ruad por los Templarios aseguraba simbólicamente una cierta continuación en la historia de la presencia latina en Siria. Los medios diplomáticos aún no habían detectado ningún movimiento que hiciera suponer algún cambio de actitud en los propósitos de coalición por parte de Gazán. Se estaba a la espera. Quien más quien menos imaginando cómo podría verse beneficiado por los futuros acontecimientos.

Esperar no era uno de los rasgos más sobresalientes de la conducta de Ramon Llull. La posibilidad de desplazarse a territorio bajo dominio mongol, o territorio en manos de cristianos por concesión de la victoria mongol, debería ceder la pre-

ferencia a una alternativa más inmediatamente realizable. No le era difícil a Ramon dar con una alternativa semejante. En diferentes ocasiones, al dibujar su estrategia misionera global, había manifestado la oportunidad de conseguir la unión con Roma de las iglesias orientales separadas. Si bien este objetivo no carecía de valor intrínseco, su consecución sería óptima plataforma para emprender la actividad misionera de cara a los musulmanes orientales.

Este proyecto en dos tiempos fue el que presentó al rey de Chipre. Ramon Llull pedía que se obligara a todos los cristianos griegos a asistir a sus predicaciones y disputas. En segundo lugar suplicaba que se le facilitara el camino hacia las cortes de Egipto y Siria.

Hay, al respecto, un inciso en la narración de la *Vida coetanea* que merece ser discutido. Escribe el biógrafo que en su petición Llull pretendía visitar al «sultán, que era sarraceno, y los reyes de Egipto y Siria». En una primera lectura parece deducirse que el autor se refiere al sultán de Egipto, al-Malik al-Nasir, y a los emires al servicio de o aliados con Egipto. Pero, en tal caso, ¿era necesario subrayar que el sultán egipcio era musulmán? Por eso, al releer el texto cabe preguntarse si el sultán mencionado no es en realidad el il-Can mongol, del cual ciertamente cabía destacar que era musulmán. Es cierto que en sus propias obras la terminología usada por Llull no se presta a confusiones, pero en este caso se trata de un texto redactado por un extraño.

Sea cual fuera el tenor literal de la petición luliana, lo cierto es que Enrique II de Lusignan, rey de Chipre, «no quiso saber nada de todo ello».

Resulta comprensible la actitud del rey. El primer punto de la petición luliana hubiera supuesto remover una vieja herida. La imposición de la jerarquía latina había provocado no pocos problemas en la isla y la llegada de los refugiados de Siria suponía una mayoría tan definitiva de latinos que mejor era no incitar de nuevo a la minoría fiel a Bizancio con nuevas campañas.

Nos es conocida la tozudez de Llull. Nada extraño, pues, que a pesar de la falta de apoyos reales, iniciara a título personal sus predicaciones y disputas. Es el testimonio de la *Vida coetanea*. Sus obras, la *Rhetorica nova* y el *Liber de natura*, no guardan, sin embargo, relación aparente con esta actividad.

La primera está fechada en el monasterio de San Juan Crisóstomo en septiembre de 1301. El lugar se halla situado en la falda sur del monte en cuya cima se yergue la fortaleza de Buffavento. Se trataba de la fortificación más inexpugnable de toda la isla y que formaba parte del sistema defensivo de la costa norte, junto con las fortalezas de Kantara, San Hilarión y Kirenía. Kirenía era el puerto prácticamente único en la parte norte de la isla, y se comprende el valor estratégico de las fortalezas mencionadas, pues el acceso a las alturas casi al borde mismo del mar, representaría para cualquier posible invasor el dominio sobre la llanura de Nicosia que se extiende en la parte sur del sistema montañoso.

No más de treinta kilómetros separaban el monasterio de San Juan Crisóstomo de la capital. Nicosia, aun siendo la capital del reino, veía reducida su importancia por la actividad que se desarrollaba en Famagusta. Los reyes, pendientes de los acontecimientos de las costas palestina y siria, residían largas temporadas en la ciudad portuaria. Lo mismo vale decir de la autoridad eclesiástica. En este caso, además, hay que tener en cuenta que en aquellos años ocupaba la sede patriarcal Gérard de Langres, consejero de Felipe el Hermoso de Francia, y que nunca puso los pies en Chipre.

Ramon Llull pasaría en la región de Nicosia los primeros meses de su estancia en Chipre. Contando que el trayecto desde Mallorca hubiera durado algo más de dos meses, Ramon Llull habría iniciado su viaje, a lo más tardar, en junio de 1301.

En diciembre de 1301 Llull fecha en Famagusta su segunda obra chipriota. Era otro escenario. Era una populosa ciudad. Ciertamente que con sus 70.000 habitantes distaba mucho de los más de 200.000 de París, que Llull conocía, pero, con todo, doblaba en número la población de la misma Roma.

Era, además, una ciudad llena de febril dinamismo. La caída de Acre la había convertido en la primera plaza comercial de Oriente. En su catedral de San Nicolás los reyes de Chipre eran coronados reyes de Jerusalén. En la misma plaza de la catedral y del palacio episcopal, en aquellos momentos ocupado por el obispo Guy de Ibelin, se hallaban a pleno ritmo las obras del palacio real. Al otro lado de la calle podía observarse la iglesia y el convento de los franciscanos rodeados de amplios terrenos. Su fundación recordaba el paso de Francisco de Asís por la isla. Colindante con los terrenos del convento franciscano, hacia el norte, se hallaba la lonja de los genoveses, cuya hegemonía se iba acentuando; a finales del siglo XIV los genoveses se harán amos de la ciudad y se considerarán independientes respecto del reino de Chipre. Casi en el extremo norte de la calle principal quedaba el convento de los dominicos, cuya instalación en la isla había tenido lugar alrededor de 1226. No eran éstos, evidentemente, los únicos conventos ni las únicas iglesias. Muchos de estos edificios eran objeto de obras de embellecimiento y restauración por aquellas fechas. El momento era de prosperidad y las instituciones religiosas se veían favorecidas con multitud de donaciones. Las numerosas actas comerciales de aquellos años que se conservan dan fe de las cuantiosas transacciones comerciales que comerciantes venidos de todos los puertos del Mediterráneo, mallorquines incluidos, allí efectuaban. Las órdenes militares, por su parte, no tenían una presencia muy relevante en la ciudad. Los hospitalarios tenían abierto un hospital, mientras los templarios se habían limitado, al parecer, a habilitar como albergue alguna de sus propiedades en la ciudad. Lo suficientemente digna, con todo, para que Jacques de Molay pudiera celebrar en Famagusta la recepción de miembros de la orden.

La prosperidad se gestaba en el barrio comercial. Su eje era la larga calle ya mencionada que desde la plaza principal se dirigía hacia el norte. En ella se alineaban las lonjas tanto propias como públicas. Entre las primeras destacaban las de los genoveses, de los venecianos, de los pisanos y del mismo rey de Chipre. Bajo sus pórticos y los de las lonjas públicas hormigueaban gentes venidas de todos los puertos del Mediterráneo. Otras instalaciones mercantiles confluían en la calle entoldada. Fondacos, almacenes, boticas de diferentes artesanos, o simples mesas de cambio, constituían el corazón de la actividad más propia de la ciudad, desparramándose, ciertamente, hasta el puerto con sus puestos de aduana, atarazanas, torre de defensa y otras instalaciones.

La vida cotidiana seguía las pautas de todo centro comercial mediterráneo. Las lonjas, a modo de pórticos, daban paso a espacios en donde lo puramente comercial se traducía en nacional. Genoveses, pisanos, venecianos y catalanes tenían su propia administración de justicia, sus iglesias, reencontraban la vida de sus países de origen. Incluso para los refugiados de Palestina existía en aquella arteria vital su espacio propio.

En las calles de Famagusta se mezclaban lenguas, naciones y religiones. Los griegos ocupaban un barrio en la parte sur de la ciudad y contaban con un obispo propio. También los judíos se ubicaban en la parte meridional. Pero el intercambio era continuado. Excesivo a los ojos de las autoridades eclesiásticas. Y si Nicolás IV, en vísperas de la caída de Acre, había pedido al patriarca de Jerusalén que reforzara la vigilancia inquisitorial sobre los judaizantes, ahora, en Chipre, se le insistía en la necesidad de atajar la frecuencia con que muchos latinos acudían a las iglesias griegas y adoptaban sus costumbres, como la de celebrar matrimonios y bautismos en los palacios particulares. Por su parte, las autoridades eclesiásticas de la isla intentaban poner coto a la disolución social que la mezcla de gentes tan diversas provocaba. Un concilio celebrado en 1298 se alarmaba ante la frecuencia con que las madres se deshacían de los niños recién nacidos y creía necesario ordenar que la lectura de los delitos por los que se incurría en pena de excomunión, lectura que se solía hacer el Domingo de Ramos, se repitiera todos los domingos. Entre los delitos enumerados figuraba el comercio de armas y provisiones con los sarracenos, los cantos de sortilegios en los funerales, tanto en la iglesia como en los cementerios, la piratería y el juego a los dados.

Tras los pocos meses de estancia en Chipre Ramon Llull había recogido elementos más que suficientes sobre la situación real de la isla. El ajetreo que bullía en las calles de la ciudad, pulso de las fuertes inversiones que se estaban moviendo, no le ocultaba los graves problemas de fondo que existían. Ni los problemas que minaban el poder real, ni los derivados de la desastrosa situación en Siria.

No podía olvidarse que en Ruad los templarios soportaban el peso de una defensa desesperada y necesitada de refuerzos urgentes. El recuerdo de este episodio aparece bajo la pluma de Llull en el *Liber de fine* al afirmar que en futuras cru-

zadas para la defensa de la isla serían necesarios unos contingentes excesivos. Aquel suceso parecía constatar que se había jugado la carta de los mongoles y se había fracasado de momento. Con tales antecedentes estaba a punto de estallar el enfrentamiento entre dos estrategias a seguir, negociar con Egipto o mantener la alianza con los mongoles.

En semejante situación los rumores que llegaban del campo mongol eran alarmantes. Gazán se había puesto en contacto con al-Nasir. El 19 de diciembre de 1301, cuando se hallaba de caza en las cercanías del mar Caspio, recibía la respuesta del sultán egipcio. Al-Nasir daba a entender que no pensaba reconocer que por sus ataques a los ocupantes de Damasco estuviera obligado a reparación alguna. Sin embargo, acababa en tono conciliatorio y hacía una oferta para concluir la paz y establecer una alianza.

Entretanto, el maestre de los Hospitalarios, Guillermo de Villaret, estaba intentando otras vías. De entre los que regresaron de Ruad a principios de año, Guillermo era el que había reaccionado con más rapidez. Mientras los demás conspiraban contra el rey Enrique, él volvió sus ojos hacia el pequeño reino de Armenia.

12. Ramon Llull en Armenia.¹⁴

Todo parecía jugar a favor del reino de Armenia. La interrupción de las rutas del mar Negro y el cierre, después, de los puertos de Siria, le daban una importancia única. Las buenas relaciones mantenidas con los mongoles ofrecían, además, la seguridad de las rutas desde el golfo de Alexandretta hasta Persia, y más allá hasta China. En el tráfico que transcurría por estas rutas residía el interés que la región despertaba tanto a los señores de la guerra sirios, como a los mamelucos de Egipto. A cambio de ayuda para mantener el control sobre estas rutas, resulta lógico que los reyes armenos estuvieran dispuestos a pactar casi con quien fuera. Y a su vez, era para hacer frente a las cargas que suponían estos pactos, como por ejemplo el establecido con Egipto en 1285, que los reyes armenos estaban dispuestos a favorecer a todos aquellos que quisieran contribuir a la animación de las rutas comerciales.

¹⁴ C. Cahen, «Le commerce anatolien au début du XIII^{ème} siècle», en: *Mélanges d'histoire du Moyen Age dédiés à la mémoire de L. Halphen* (Paris, 1951), 91-101; M.L. Faureau, «Die italienische Levante-Piraterie und die Sicherheit der Seewege nach Syrien im 12. und 13. Jahrhundert», *Vierteljahrsschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* 65 (1978), 461-510; H. Hellenkemper, *Burgen der Kreuzritterzeit in der Grafschaft Edesa und in Königreich Kleinarmenien. Studien zur historischen Siedlungsgeographie Südost-Kleinasiens* (Bonn, 1976).

Esta buena disposición de los armenos se manifestó incluso en las cuestiones eclesiásticas. Las estrechas relaciones mantenidas con los latinos no sólo se manifestaron en la buena acogida de las órdenes religiosas, sino que llegó a la práctica unión con Roma, hasta el punto que el papa Gregorio X cursó, tanto al rey como al patriarca, invitaciones oficiales para asistir al concilio de Lyon. El reinado de Hetum II, él mismo franciscano, se distinguió particularmente en este sentido, no dudando incluso en procurar la deposición de los obispos reticentes a la unión con Roma. Con su apoyo se emprendió la definitiva discusión teológica que llevó a la unión total pocos años después en el concilio de Sis. Entre los asistentes al concilio de Sis figuraba un tal Juan, obispo de Ayas.

Ayas era la cabeza natural de las rutas comerciales que partían de territorio armenio. Ya en tiempos de los cartagineses y de los griegos había destacado como plaza comercial. Su suerte se vio extraordinariamente favorecida cuando resultó ser prácticamente la única puerta de Asia, al ir abandonando los francos las costas de Siria, y en la circunstancia de tornarse impracticable el puerto de Tarso convertido en arenal.

Ayas se halla situada en una entrada en la parte oeste del golfo de Alexandretta. El núcleo urbano ocupaba un promontorio que se prolonga por el oeste en playas bajas de arena. Algunas pequeñas alturas la protegen de los vientos del norte y un pequeño torrente la cruzaba por la parte oeste. En el extremo del promontorio se edificó una fortificación para protección del puerto y vigilancia sobre el golfo. A finales del siglo XIII se construyó otra fortificación ocupando un pequeño islote que se halla a unos 400 metros frente al puerto. En ella se encuentran diferentes construcciones que, si bien no indican que se tratara de una mansión cortesana, hace pensar que era suficiente para proceder a carga y descarga de naves mayores.

La fortificación que vigilaba el puerto, por el contrario, se reducía a una pura torre de defensa. Tampoco parece que hubiera más edificaciones en las inmediaciones del muelle. Las mercancías serían depositadas en la playa en techados provisionales, o en los almacenes en el interior de la ciudad, si así lo requería el período que mediara en su reexpedición.

Una pequeña porción de la villa se hallaba rodeada por una débil fortificación. En su perímetro se hallaban encerradas las residencias de los oficiales administradores del rey de Armenia, que era el señor directo de la ciudad. Su número, por otra parte, sería muy reducido, pues Tarso continuaba centralizando la administración comercial y, tal como disponían los acuerdos firmados por el rey, a Tarso debían dirigirse cuantos tuvieran que formalizar trámites fiscales en su paso por Ayas. Tampoco es probable que haya que contar entre estas edificaciones las pertenecientes al obispo armenio de Ayas. Simeón, que así se llamaba el que ocupaba la sede en 1300, residiría, como era casi norma, en algún monasterio rural.

Fuera del perímetro fortificado, hacia el este, se extendía la población propiamente tal. Era un núcleo abigarrado, típico de una villa vuelta exclusivamente al comercio. Allí residían los cónsules de las potencias marítimas, se ubicaban los fondacos, los almacenes y, en la parte que daba a la playa, los talleres de reparaciones y los lugares de carga y descarga. Posiblemente habría que contar también con una escuela, pues por lo menos de 1274 tenemos constancia de que en Ayas residía un maestro de gramática latina. Precedente, tal vez, de la escuela que en Ayas abrirán los dominicos en 1310.

Al hallarse relativamente distante de la frontera siria, Ayas no se vió excesivamente involucrada en hechos de guerra. Con todo, sufrió dos saqueos importantes, uno en 1266 y otro en 1275, ambos, evidentemente, por tropas egipcias. Sin embargo, en ambas ocasiones la ciudad se rehizo con rapidez. Apenas tres años después del primer saqueo, al pasar por ahí Marco Polo en 1269, la ciudad, y Armenia en conjunto, es descrita por el veneciano en estos términos: «En la Pequeña Armenia hay un señor que guarda recta justicia y está bajo el Gran Can. En esta región hay muchas ciudades y muchos castillos, y abundancia de todo, también asaz caza de aves y animales. Los hombres de esta región eran valerosos, ahora se hallan todos en pésimo estado. Una sola virtud les resta: que son grandes bebedores. Sabed además, que en la orilla del mar hay una ciudad llamada Laias que es un gran puerto de mercancías. Ahí confluyen todas las especias que vienen del Oriente. Los mercaderes de Venecia y Génova y de todas partes acuden en busca de paños y todos los demás bienes preciados. Todos los mercaderes que quieren adentrarse hacia el Este parten de aquella ciudad.»

Diversos privilegios de ámbito general concedidos por los señores armenos atestiguan ya a principios del siglo XIII el fuerte interés de las potencias comerciales por aquel territorio. En Ayas, concretamente, los venecianos se instalaron con privilegio real en 1261. Poco después lo harían también los genoveses, pues en 1274 ya contaban con su iglesia de San Lorenzo. Con ellos también se fueron instalando cónsules de Pisa, Piacenza y Cataluña. Los catalanes, precisamente, en estos momentos intentaban acabar con su hasta la fecha casi total desinterés por esta parte del Mediterráneo y abrirse paso en los mercados de Armenia.

No es extraño que las proximidades de Ayas fueran también escenario de las rivalidades entre las potencias comerciales. Frente al puerto de Ayas se desarrolló uno de los episodios más sangrientos de la guerra entre Génova y Venecia durante 1293. Después de haber destruido la lonja de Génova en la ciudad chipriota de Limasol, los venecianos se apoderaron de una galera genovesa que se hallaba en el puerto de Ayas. En represalia Génova mandó un convoy de quince galeras que se enfrentaron en una dura batalla contra los venecianos. Finalmente fueron los genoveses quienes se hicieron con la victoria, y con un botín que sobrepasó el medio millón de besantes. En años posteriores, si bien no en esta magnitud, se

dieron otros enfrentamientos piráticos en las cercanías de Ayas. En 1296, en uno de estos encuentros, Marco Polo caerá en manos de los genoveses y partirá hacia la prisión que le serviría para redactar la memoria fantástica de sus viajes. Constatación, en definitiva, del intenso tráfico comercial que pivotaba sobre la ciudad armenia.

No resulta extraño que, recién llegado al Oriente, el nuevo maestro de los Hospitalarios, Guillermo de Villaret, jugara la carta de Armenia. Apoyar a Hetum II como aliado de los mongoles a la conquista de Siria, era cumplir con su misión de cruzados; conseguir, a cambio, el control de ciertas fortalezas en Armenia era asegurarse una fuente de ingresos nada despreciable, dado el intenso tráfico comercial que transcurría por la región.

Para Ramon Llull la perspectiva misionera no era menos halagüeña. Si la empresa cruzada se llevaba a cabo podría entrar en contacto con los tártaros y, quien sabe, llegar también al rey de Egipto. De paso, podría conocer cómo se estaba llevando a cabo algo muy semejante a lo que él también había ideado para las iglesias orientales: las discusiones teológicas cara a la unión doctrinal y eclesiástica.

A finales de diciembre de 1301 Ramon Llull arribaba al puerto de Ayas. Llull llegaba a Ayas en un momento en que la tensión se había alejado de la región y se mantenía estacionaria en las costas sirias. Además, la paz firmada dos años antes entre Génova y Venecia había reducido algo la actividad pirática. En la escena internacional la situación se hallaba en un compás de espera. La crisis que atravesaba la Horda de Oro, la restauración de la dinastía legítima en el sultanato de Rum por intervención de los mongoles, la postración de Constantinopla bajo Andrónico II y, algo más lejos, el conflicto que después del jubileo de 1300 iba enfrentando cada vez más radicalmente al papa Bonifacio VIII con Felipe el Hermoso, habían concentrado en Siria toda la tensión del momento. Y en este punto todo parecía indicar que Gazán podía conseguir asestar el golpe definitivo. En realidad, como ya mencionamos, Gazán estaba dispuesto a cambiar de estrategia.

Más aún que en Famagusta, los francos vivirían en Ayas una situación de paso. Aventureros, buscadores de fortuna, negociantes de camino y mercenarios, formaban la mayor parte de la población de aquella ciudad marítima. Con ellos convivían los armenios, que sustentaban su vida en la posición privilegiada de su ciudad y que religiosamente se hallaban a merced de las disputas teológicas que se dirimían en los monasterios de la capital.

Ante esta sociedad Llull comenzó a plantearse sus perennes interrogantes. ¿Cómo podría proclamarse que la ley cristiana era la verdadera, si aquéllos que la seguían parecían tenerla en tan poco aprecio? Aquellos hombres, cristianos todos, que lejos de sus hogares padecían las inclemencias del invierno al abrigo de los soportales de los almacenes con la esperanza de alguna ganancia, ninguno de ellos sabría responder a las más elementales preguntas acerca de su fe. Y de hacerlo, a

buen seguro se oirían de sus labios tantas equivocaciones que más parecería que estaba hablando un infiel. No era del caso hacer de cada uno de aquellos pobres desgraciados un maestro en teología. Tenía claro mestre Ramon que para su salvación bastaba con que se mantuvieran «en el hábito de la fe». Pero tampoco estaría de más pretender que por lo menos evitaran los errores de bulto y que no se vieran puestos en ridículo por las objeciones de los infieles.

Ramon Llull se pone manos a la obra. Para todos esos cristianos que no saben cómo expresar el contenido de su fe, para todos aquellos infieles que no llegan a entender cuales son en esencia las verdades que la fe cristiana afirma, Llull escribe el *Llibre què deu home creure de Déu*. Lo hace en catalán, en una lengua que no resultaría inasequible para la mayoría en aquel entorno cosmopolita.

Es un breve catecismo. En él Llull va repasando, en su estilo y vocabulario característico, el de su Arte, las verdades fundamentales de la fe cristiana. Sugiere cómo responder a objeciones y aclarar malentendidos. En el decurso de la obra menciona a los sarracenos, a los nestorianos, a los jacobitas, y también a los que piensan que existe un dios autor del mal o que Dios tiene figura temporal. No sería extraño que con estas últimas referencias estuviera mencionando a los budistas mongoles, pues esos mismos eran los temas que aparecieron en la disputa interreligiosa de Guillermo de Rubruck en la corte del Gran Can.

Ramon Llull ha dedicado casi todo el mes de enero del, para nosotros, nuevo año de 1302 en la redacción del librito. Ahora hacía falta darlo a conocer. Ponerlo en manos de algunos predicadores que lo fueran explicando a la gente. Tal vez el rey Hetum estuviera dispuesto a apoyar esta misión. Además, en Sis podría ponerse en contacto con los círculos eclesiásticos tan receptivos ante lo latino; podría visitar a los franciscanos y tal vez hacer valer las cartas de recomendación del maestro general Gaufredi. Son hipótesis que ningún dato nos permite siquiera discutir.

A lo más, y para desgracia suya, Ramon consiguió la ayuda de un clérigo y de un criado. Extraños personajes los que rodean la vida doméstica de Llull. En Mallorca, de eso hacía ahora casi cuarenta años, fue un esclavo moro quien le acompañó en sus primeros pasos por la lengua árabe, y quien puso en peligro su vida. En Armenia se repite la historia.

A Ramon Llull comienzan a pesarle los años. Está ya próximo a los setenta, y pronto hará un año que dura esta empresa del Oriente. Llull se siente fatigado física y moralmente. Y sus ayudantes aprovechan la ocasión para intentar deshacerse de él. Acuden al veneno. Pero sus propósitos no tienen éxito. Llull se resiste y logra superar la crisis. Enfrentado de nuevo al castigo rememoraría la desazón con que en Santa María la Real se debatiera en aquella primera ocasión. Entre tanto, sus convicciones han madurado, la frecuencia con que ha tenido que enfrentarse a circunstancias adversas le han concedido una paciente resignación. «Con mansuetud de corazón, los despidió,» comenta la *Vita coaetanea*.

Lo vivido en Armenia le dejará a Llull un recuerdo desagradable. Tres años más tarde, en el *Liber de fine*, afirmará de Armenia que se trata de regiones nada saludables para nadie: «bien que lo sé yo, que estuve ahí». Opinión que será confirmada años después en el memorial de Jacques de Mollay.

13. Convalecencia en Chipre.¹⁵

Ramon Llull percibió cierta afectación en la alegría con que Jacques de Mollay, Gran Maestre de la Orden de los Templarios, salía a su encuentro. Después de las peripecias de Armenia, físicamente al límite de sus fuerzas, mestre Ramon soboreaba la amargura del fracaso. Más ante aquel hombre que representaba un poder tan evidente y tan envidiado. Difícilmente podía nacer aquella alegría de la coincidencia de puntos de vista y de intereses entre aquellos dos hombres. Las palabras de bienvenida sonaban a reconvencción paternalista que acogía la vuelta de quien había equivocado su camino. O a sarcasmo despreciativo. No olvidemos que el *hilariter* con que la *Vita coetanea* caracteriza la actitud de Jacques de Mollay, se refiere al templario, a la hora de redactar el escrito, sometido a crueles procesos judiciales desde hacía cuatro años, y perteneciente a una orden que el concilio de Vienne disolvería definitivamente.

Jacques de Mollay había llegado al Oriente alrededor de 1275. Por entonces regía la orden Guillermo de Beaujeu, uno de los interlocutores de Jaime I de Aragón cuando el concilio de Lyon, y que cayó en el asedio de Acre en 1291. La política de Guillermo se inclinaba a conseguir una cierta coexistencia entre las fuerzas enfrentadas en Palestina, sin descartar el establecimiento de pactos con Egipto. Esta política encontraba el rechazo de los sectores más jóvenes de la Orden. Y Jacques de Mollay pareció erigirse en portavoz de esta línea cuando se hizo cargo de la Orden en 1292. Una de sus primeras medidas fue la adquisición de seis galeras armadas para reforzar la presencia de la Orden en el Mediterráneo Oriental, un terreno en el que la política emprendida por el Hospital en los últimos años había dejado a los Templarios en inferioridad de condiciones. Jacques de Mollay se sabía soldado. Así se lo expresará en un informe a Clemente V. Para él la característica de los Templarios radica en que fueron fundados para la milicia, mientras los Hospitalarios lo fueron para el mantenimiento de hospitales y sólo subsidiariamente para la milicia.

¹⁵ M. Barber, «James of Mollay, the last Grand Master of the Order of the Temple», *Studia Monastica* 14 (1972), 181-209; H. Finke, *Papstum und Untergang des Templerordens* (München, 1907).

Además de la consolidación de su potencia militar, en la estrategia de Jacques de Mollay figuraban dos puntos destacados. Uno era la imposición de un embargo total en el comercio con Egipto, el otro, conseguir un cierto dominio sobre el reino de Chipre. En pos de este segundo objetivo se apuntó al partido que apoyaba a Amalrico de Tiro contra Enrique II. Para él Chipre debía ser la plataforma desde la que se atacara las costas sirias. Pero no era cosa de entretenerse en pequeñas razzias. Debía prepararse un ataque en toda regla. A partir de los cálculos que, según sus informaciones, había hecho el propio sultán de Egipto, debería disponerse de unos 15.000 hombres a caballo y unos 5.000 de a pie. Además debía descartarse totalmente la idea de utilizar Armenia como plataforma de ataque. El juicio de Jacques de Mollay sobre Armenia era demoledor. En su opinión, «se trata de una región tan miserable y mala que si entraran cuatro mil caballeros en ella, por muy fuertes y sanos que se encontraran, milagro sería si al cabo de un año quedaran cincuenta.» Nada son de fiar los soldados que ahí pudieran reclutarse, pues apenas se enfrentan al enemigo, emprenden la huida. Y, por si fuera poco, queda aún el problema de la población. Se trata de un conglomerado de razas pronto a la traición y en extremo predispuestos contra los francos.

Para presentar sus proyectos y ganarse apoyos suficientes, Jacques de Mollay emprendió un viaje a Europa. Entre 1294 y 1297 visitó Roma, Nápoles, Francia e Inglaterra, entrando en contacto con Carlos II de Nápoles y Jaime II de Aragón. Las circunstancias que rodean este viaje son significativas. En julio de 1294 había sido elegido papa Celestino V, el ermitaño favorecedor de los espirituales. Era una maniobra de Carlos II de Anjou, quien hizo fijar la residencia del papa en Nápoles. Tras la renuncia de Celestino V en diciembre, los cardenales reunidos en Nápoles a los pocos días eligieron al nuevo papa Bonifacio VIII, quien en enero de 1295 deja la ciudad para instalarse en Roma. Jacques de Mollay vivió en Nápoles parte de estos acontecimientos. Otro de los presentes, cabe recordarlo, era Angelo Clareno. También Ramon Llull se hallaba allí.

Mientras ultimaba su estrategia bélica, Jacques de Mollay no olvidaría que sobre la orden planeaba de antiguo una cuestión pendiente. A decir verdad no parece, sin embargo, que por aquellas fechas le preocupara demasiado. Ni siquiera el memorial de 1306 evidencia excesiva preocupación. En el concilio de Lyon, recordaba Jacques de Mollay, ya se había puesto sobre el tapete la urgencia de tomar una decisión sobre la unificación de las órdenes militares. El papa Gregorio y el rey san Luis lo habían consultado a los responsables del Temple y del Hospital. La oposición de los reyes españoles, que querían mantener las tres órdenes militares que existían en sus reinos, hicieron fracasar las conversaciones. El tema volvió a saltar al primer plano de la actualidad a raíz de la caída de Acre. El papa Inocencio IV parecía dispuesto a la unificación, pero su sucesor Bonifacio VIII detuvo todo el proceso.

Era evidente que de darse la unificación se cosecharían algunas ganancias. A pesar de todo, los perjuicios serían mayores. A Jacques de Mollay las desventajas se le ocurren en tropel: los orígenes de las dos órdenes son del todo diferentes; habría problemas en redistribuir las áreas de influencia, en donde el Temple saldría ganando en detrimento del Hospital; en las ciudades donde coexisten casas de cada orden sería conflictivo decidir cuál debería cerrarse; habiendo armas de por medio, a la menor desavenencia estallarían los enfrentamientos armados. Además, ya no existiría razón alguna para proceder con aquella santa emulación gracias a la cual frente al enemigo la victoria de unos requería ser superada por la victoria de los otros, o las limosnas de unos eran sobrepasadas por la generosidad de los otros.

Dos opuestas visiones del mundo frente a frente. Ramon Llull lo había repetido hasta la saciedad, y ahí estaba su cuerpo deshecho por el dolor para rubricarlo con su propia sangre. Eran hombres dispuestos a vivir como vivieron los apóstoles quienes con su ejemplo y con su palabra conseguirían conquistar la Tierra Santa. Y en cuanto a la unificación de las órdenes militares, ya lo había sugerido a Nicolás IV en un memorial de 1292, cuando el mismo papa se hacía eco de la opinión común de que la caída de Acre había sido causada en gran parte por las desavenencias entre las órdenes, y lo había repetido años después en su *Desconort*.

Pese a mantener tan diferentes puntos de vista, Jacques de Mollay hospedó al anciano y doliente mestre Ramon. Tal vez por aprecio de amigos comunes, tal vez por admiración, tal vez en recuerdo de encuentros anteriores, el maestre ofreció su casa para que Llull pudiera reponerse de su mal estado. La casa del Temple en Famagusta no pasaba de ser algo así como una posada para los caballeros de camino. La sede oficial continuaba siendo Limassol, allí guardaban los templarios su tesoro, pero Jacques de Mollay hacía alto en ella sólo en muy contadas ocasiones. Después de que la casa de Limassol hubiera sido atacada y destruida por Hugo III en 1279, había muchos otros lugares más cómodos y, sobre todo, más cercanos a los centros neurálgicos de la actividad política de Chipre, como eran Nicosia y Famagusta.

Haciendo caso omiso del ajetreo de la ciudad, de las maquinaciones de nuevas campañas militares, de las intrigas cortesanas, Ramon Llull se encerraría en sus meditaciones. Una vez más desfilaban ante sus ojos aquellos años, tan difíciles de olvidar, en que su vida transcurría tranquila y plácida entre la mejor sociedad de su tiempo. Una vez más repasaba aquellos años críticos que le hicieron abandonar familia y tierra, que le lanzaron a los caminos del mundo a importunar a los grandes con sus utópicos proyectos y sus insólitos escritos.

mas no-m val pauc ni pro
 requerir companyia, ans son sol a bandó;
 e can los quart en la cara e·ls vuyl dir ma rasó,
 no-m volen escoltar, ans dient que fat só,
 los de més, per so car los dic aytal sermó.

14. Peregrinación a Jerusalén.¹⁶

La aventura oriental tocaba a su fin. En el pequeño ermitorio que se había construido en Randa, aquel pastor que tantas cosas le había revelado trazó sobre su cabeza y sobre todo su cuerpo el signo de la santa cruz. La premonición no se había cumplido. Ramon Llull no pudo participar en ningún hecho de cruzados. En el fondo, aquella que había presenciado durante estos meses no podría ser su cruzada. Él, más que ninguno, participaba de la opinión de quienes creían que junto al *negotium crucis*, debía promoverse el *negotium fidei et pacis*, si no elegirlo como objetivo único.

Pero mestre Ramon se había acostumbrado a las empresas personales. Era la solución a este estado de desazón y de inseguridad que le acosaba en los momentos en que más crudamente experimentaba su fracaso. Se trataba de aprovechar la primera oportunidad, por muy descabellada que fuere.

Aunque después le resultara incómodo dar cuenta de sus actos y tuviera que decir la verdad a medias. Además, no sería necesario repetirlo, su narración autobiográfica en la cartuja de París no es un diario de a bordo. Tenían que leerlo los graves padres conciliares de Vienne y demás señores influyentes, e importaba evitar todo lo que pudiera levantar sospechas.

Parecerá extraño, pero un viaje de Chipre a Jerusalén, pudiera levantar sospechas. Aún en 1311, cuando la narración de la *Vita coetanea*, no se habría olvidado que el desastre de la empresa oriental había sido motivado por el interés comercial de las potencias mediterráneas, Aragón entre ellas. Los papas iban repitiendo una y otra vez que incurrían en pena de excomunión todos los que negociaran con los musulmanes, sobre todo con los egipcios. Las potencias marítimas hacían oídos sordos. Unos ingeniaban la creación de bases comerciales en Famagusta, acudiendo a la ficción de un comercio indirecto, otros, como Aragón, acudiendo directamente a El Cairo. Una actitud, pues, absolutamente condenada por la Iglesia era la que iba a hacer posible que Llull visitara Jerusalén. Mestre Ramon evitó referir el hecho en su narración biográfica, pero ya lo había mencionado en 1305 en el *Liber de fine*.

¹⁶ D. Abulafia, «Catalan Merchants and the Western Mediterranean, 1236-1300: Studies in the Notarial Acts of Barcelona and Sicily», *Viator* 16 (1985), 211-242; A. Atiya, «Egypt and Aragon. Embassies and Diplomatic Correspondence between 1300 and 1350 A.D.», *Abhandlungen für die Kunde des Morgenlandes* 23 n. 7 (1938); A. Elad, *Medieval Jerusalem and Islamic Worship. Holy Places, Ceremonies, Pilgrimage* (Leiden, 1995); R. Roricht, «Le pèlerinage du moine augustin Jacques de Vérone (1335)», *Revue de l'Orient Latin* 3 (1985), 155-302

La posibilidad del viaje se basa ante todo en las relaciones entre Egipto y Aragón. Es verdad que Jaime II de Aragón se había comprometido en repetidas ocasiones a organizar la cruzada. Solemnemente en 1295 en Anagni. El papa Bonifacio VIII había reunido a los embajadores de Francia, Nápoles y Aragón para solucionar de una vez el problema de Sicilia y sus secuelas. En junio pudo firmarse el tratado de paz. Entre los acuerdos tomados, recordémoslo también, se hallaba la restitución por parte de Jaime II de Aragón del reino de Mallorca a su tío Jaime II. Por el tratado Jaime II de Aragón se comprometía a apoyar el proyecto de Cruzada y, a cambio, se veía libre de la excomunión que sobre él pesaba.

Pero la idea que Jaime II tuviera de la Cruzada no parecía sintonizar con la opinión papal. Los intereses económicos de Aragón en el Oriente eran demasiado importantes. Además había que aprovechar el desorden que la caída de Acre había ocasionado en el tradicional reparto de mercados. Para Jaime II estaba claro que, a pesar de todos los entredichos y de todas las promesas, había que penetrar en el mercado egipcio.

No más tarde que en los primeros meses de 1300 llegó a El Cairo una embajada del rey aragonés. El 6 de abril el sultán al-Nasir daba respuesta al mensaje. Su tono, casi cordial.

Al-Nasir comunica a Jaime II que sus ejércitos han rechazado los ataques mongoles y su dominio de Siria es completo. En cuanto a las peticiones formuladas por el rey de Aragón, el sultán accede generosamente. Concedido que "mercaderes y gente con mercancías que provengan de Aragón puedan entrar en el territorio y viceversa." Concedido, también, que "a cuantos quieran visitar Jerusalén desde Aragón les sea permitido hacerlo en paz y con seguridad." Desea, por último, el sultán que se desarrollen en el futuro estas amigables relaciones entre los dos países. Cierto que con alguna lentitud, pero así ocurrió. En años sucesivos seguirán otras siete embajadas. Las primeras, una en 1303 y dos en 1306. Además de las peticiones comerciales, Jaime II intercederá por la reapertura de iglesias cristianas en territorio mameluco y para que sea concedida la custodia del Santo Sepulcro a los dominicos, esto último en 1322.

Semejante apertura de relaciones era, desde la situación de Llull, una oportunidad que no podía ser desaprovechada. Es cierto que la carta que en junio de 1303 escribe Jaime II al sultán indica que hubo problemas. A unos mercaderes procedentes de Barcelona en la aduana de Alejandría les fueron incautados 12.000 besantes. Pero dificultades surgidas precisamente porque se utilizó el permiso concedido. También Llull utilizaría esta posibilidad.

Dadas su experiencia y sus relaciones no le sería difícil procurarse los instrumentos notariales que le acreditaran como súbdito de la Corona de Aragón y le permitieran cumplir los requisitos de la autorización del sultán. Llegado el verano su salud se habría ya recuperado como para permitirle un viaje que transcurriría por

rutas costeras y que en las condiciones excepcionales en que se realizaba forzosamente tenía que ser breve.

El recuerdo del viaje se conserva en este texto de Llull, en el *Liber de fine*:

«Más de una vez estuve junto al altar de san Pedro en Roma. Le vi con mucho adorno, bien iluminado. Vi como celebran en él el papa con sus cardenales, mientras asiste un gran coro alabando y bendiciendo a nuestro Señor Jesucristo.

«Existe, sin embargo, otro altar que es el ejemplar y el señor de todos los demás. Cuando yo lo vi, solamente dos lámparas lo iluminaban, y una de ellas rota. La ciudad se halla tan despoblada, que apenas pueden contarse cincuenta moradores. Por doquier acechan serpientes en sus covachuelas. Y eso, con ser aquella ciudad más sublime que todas las demás ciudades, hablando a lo divino. Porque si a lo humano hablamos, ved cuál es su prestigio, en qué consiste, a dónde paró, cuánto importa. ¿Acaso no somos cristianos? ¿Qué somos, pues? Bien conocerá Cristo quienes son sus amigos y quienes no están para estos trabajos. Todos sus nombres se hallan escritos en su divina memoria, y en su justicia y en su poder. Con una escritura que permanecerá hasta el día del juicio. Entonces se la leerá entre el regocijo de los buenos y el rencor, la tristeza y el dolor de los malos. La puerta se cerrará luego para siempre.»

Las frases entrecortadas, la nerviosa escritura de Llull no traiciona el paisaje que contempló. Seguramente exagera cuando menciona que sólo se encuentran en Jerusalén cincuenta moradores, o cincuenta familias. Jerusalén era también para los musulmanes demasiado preciada, como para aplicar en ella la política usada en otras poblaciones sirias de arrasar la ciudad y fundar otra nueva a alguna distancia. La descripción, en cambio, de la iglesia es bastante real. Por los textos de pactos firmados entre los cruzados y los egipcios sabemos como, en las ocasiones que se permitía el culto, la prohibición de cualquier reforma o mejora era total. Los diez años que habían transcurrido desde la caída de Acre, los últimos años de continuos enfrentamientos entre mongoles y egipcios, seguramente habían agravado el estado de la ciudad.

Unos treinta años después, en 1335, el monje agustino Jaime de Verona nos dejará el relato de su viaje a Jerusalén. El trayecto que sigue, en menos de tres meses, le conduce de Famagusta a Jafa (un solitario embarcadero), Jerusalén, Sinaí, El Cairo, Jerusalén de nuevo, Damasco y Acre, desde donde retorna a Chipre. Del relato se desprende que los mamelucos se han avenido a recibir a los peregrinos y han aprovechado para convertirlo en fuente de algunos ingresos. Cuando el peregrino llega al embarcadero de Jafa, debe aguardar a que venga el guía oficial y, previo pago de los derechos correspondientes, inicie la marcha del grupo. A la hora de visitar el Santo Sepulcro los peregrinos deberán de nuevo satisfacer el importe de la entrada, ya que el acceso depende de que los musulmanes que guardan las llaves accedan o no a acompañar a los visitantes.

La descripción de Jerusalén que hace Jaime de Verona no contradice en ningún punto la impresión dejada por el relato de Llull. Su insistencia en que todo son ruinas (iglesias, casas, hospitales), es machacona. «La ciudad se halla en su mayor parte en ruinas. Varias veces la rodeé y apenas pude distinguir en contados lugares puertas o iglesias antiguas.» Particularmente desolador resulta el estado en que se encuentra el recinto del monte Sión. Todos los edificios están en ruinas y sin habitar. «Hay viñas y campos llenos de piedras y muros derruidos.» En él se halla lo que fuera el Cenáculo, donde Jesús celebró la última Cena e instituyó la Eucaristía, «antaño una iglesia muy hermosa, ahora totalmente en ruinas.»

No es difícil imaginar con qué desesperación mestre Ramon recorrería aquellas ruinas, acompañado, sin duda, de alguno de los cristianos sometidos a la esclavitud, o de algún otro peregrino.

Sobre la cubierta del barco que le devolvía a su tierra, mestre Ramon va dejando atrás su aventura. Con nuevas experiencias, con un conocimiento más próximo de la realidad, pero sin rencor. Para entretener el ocio de la travesía Llull da inicio a un nuevo libro. Casi como si se tratara de un ejercicio mental para alejar recuerdos que pudieran convertirse en pesadilla, Llull se dedica a construir breves sentencias, proverbios los llama. «Aquests proverbis féu e dictà mestre Ramon Llull, de Mallorca, venent d'Oltramar, en l'any de nostre senyor Déu Jesucrist, M.CCC.ij.»

Jordi Gayà
Roma